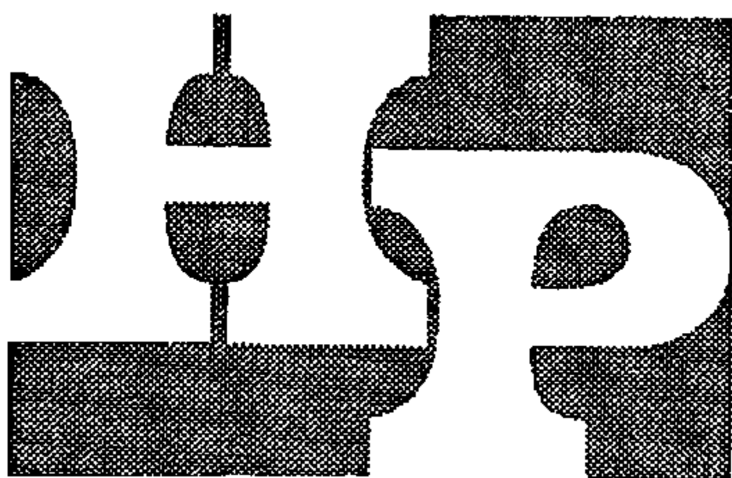


Silver Kane

RURAL Y ASESINO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

RURAL Y ASESINO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 351
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 30918-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1976

© Silver Kane -1968

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Fue el propio Claus Saberg, teniente de rurales, quien puso aquel cartel que había de llamar la atención en la ciudad entera.

Claus Saberg y unos cuantos de sus hombres estaban al cargo del orden y de la ley en San Antonio, después de la muerte del *sheriff* Rambler, que había sido asesinado por una banda de forajidos. Mientras no fuese nombrado otro, los rurales serían los que impondrían allí el código.

Y lo hacían a su modo.

Bastantes hombres fueron ahorcados, simplemente por la sospecha de que pertenecían a las bandas de cuatreros. Hubo culpables, pero también muchos inocentes. La extraña fama que rodeaba a Claus y sus hombres se acrecentó.

No era lo que puede decirse una buena fama.

A Claus se le consideraba uno de esos tipos que tienen de la ley una idea muy relativa; uno de esos tipos para los cuales todo empieza y termina en una cuerda. Curiosa filosofía, además, porque Claus había sido cuatrero antes de ingresar en los rurales, y parecía lógico que tuviera un poco de compasión con los que habían sido sus antiguos compañeros. Pero no sucedía así, sino todo lo contrario.

Por eso sorprendió tanto el cartel que estaba clavando en la puerta de su oficina aquella mañana.

Varios curiosos se acercaron a verlo. Luego el grupo aumentó.

—¿Qué es eso, Claus?

—¿Puede creerse lo que dice ahí?

El rural les miró con sorna.

Era un hombre alto, más que la mayoría de los que se habían reunido allí, y su bigote negro destacaba en las facciones duras,

recias, que parecían talladas en piedra.

Los dos revólveres que llevaba siempre estaban bien engrasados y listos para el disparo. Y eran tantos los hombres a quienes habían enviado al otro mundo, que muchas de las personas pacíficas de San Antonio de Texas no se atrevían ni a mirarlos siquiera.

—¿Por qué tanta extrañeza? —preguntó.

—Es lógico. Usted se ha distinguido siempre por no perdonar a un solo cuatrero.

—Y ahí dice que los que se presenten en el plazo de cinco días serán amnistiados. Que no les ocurrirá nada, vamos.

Claus rió.

—El pasquín dice algo más. Sigan leyendo.

Uno de los curiosos se caló unas antiparras.

—Bueno, claro que dice algo más… Serán perdonados siempre y cuando salgan del territorio.

—Eso significa —murmuró otro— que librará a Texas de esos indeseables, si tiene suerte. Pero infestará Nuevo México.

Claus se encogió de hombros.

—¿Y qué importa? Yo tengo que limpiar esta tierra, no las otras. Si la libro de cuatreros, podré dormir tranquilo.

Y siguió clavando el pasquín en otros lugares de la población, sin hacer caso de los comentarios.

Éstos eran muy variados.

La mayor parte de ellos se referían a que Claus ya estaba perdiendo las ganas de luchar y se hacía amigo de las soluciones cómodas, fueran justas o no.

Otros le acusaban de cobardía, diciendo que ya no tenía agallas para enfrentarse a los cuatreros, en especial a Clinton, que era el más audaz de todos ellos, y además tiraba como los demonios.

No faltaba quien dijese que Claus era un hombre inteligente y que iba siempre hacia sus objetivos en línea recta. ¿No le habían mandado que limpiara de cuatreros aquella zona de Texas? Pues él lo hacía. ¿Qué importaban los métodos?

De un modo u otro, en casi todos los *saloons* de San Antonio se comentaba que aquél no era el mejor camino para que el ambicioso Claus consiguiera un ascenso.

Loman, presidente de la Junta de Vecinos, fue quien resumió la opinión general cuando dijo:

—Claus es sólo teniente, y él quisiera ser cuando menos capitán de rurales. Por eso, al llegar aquí empezó empleando la táctica de matar a mansalva. Así haría que sus jefes se fijaran en él y le propusieran para un ascenso, cosa que tengo entendido estaba a punto de conseguir. Por eso me extraña tanto su cambio de táctica. Así no irá a ninguna parte.

Otro opinó:

—Se le presentarán cuatro cuatreros muertos de hambre, pero ninguno que sea importante. Y muchísimo menos Clinton.

—Mientras no mate a Clinton —dijo otro—. Claus no habrá conseguido un éxito que valga la pena.

—Y así no lo matará.

—Lo dicho; no va a presentarse nadie…

Lo que sucedió en los días inmediatos siguientes a la colocación de los pasquines, dio la razón a quienes pensaban así.

No se presentó nadie.

Todos, en San Antonio, estaban pendientes de la oficina de Claus. Había una expectación contenida, casi angustiosa, pues incluso se habían cruzado apuestas acerca de quién se presentaría y quién no. Y la gente asistía divertida al fracaso del teniente de rurales, que no se había ganado las simpatías de nadie, y que no había conseguido avanzar un paso con su nueva táctica.

Llegó, por fin, la última noche. A las doce terminaba el plazo.

A las doce menos un minuto había luz en la oficina de Claus. Y entonces, puntualmente, se extinguió.

Claus se disponía a salir, abandonando su oficina.

En el porche frontero, esperando aquello, había al menos veinte personas. Todas ellas habían cruzado sus apuestas acerca de quién se presentaría y quién no.

Ganaron quienes pensaron que no vendría nadie, porque eso era efectivamente lo que había sucedido. Ni un solo cuatrero hizo acto de presencia en la oficina de los rurales.

El grupo se disolvió rápidamente.

—Bueno, amigos, esto ha terminado.

—¡Menudo fracaso para Claus!

—No ha venido ni un alma.

—En fin, vámonos.

—Mañana mismo haremos la liquidación de las apuestas. ¡Lo

que siento es no haber cargado más la mano!

En sólo un minuto, la calle quedó solitaria.

Claus encendió un cigarro, después de apagar la luz. No podía negar que estaba desalentado. El plan que acarició durante semanas, antes de ponerlo en práctica, había resultado un fracaso.

Su oficina estaba vacía como una tumba.

De pronto, a la luz del fósforo, le pareció ver a alguien allí, quieto junto a una de las paredes. Se estremeció mientras llevaba la mano al revólver.

—No se preocupe, Claus, no vengo en son de guerra.

Claus alzó un poco el fósforo para ver mejor.

Y su estremecimiento se repitió.

—¡Clinton!

—Puede encender la lámpara.

Claus lo hizo, empleando el mismo fósforo. Sus manos, siempre tan seguras, temblaban un poco en esta ocasión. Cuando la luz se extendió por la estancia, casi no podía creer lo que había sucedido.

Clinton estaba allí. Con su cuerpo de magnífica arquitectura, con sus veinticinco años mal cumplidos. Llevaba un solo revólver de color negro, como siempre. Y los cabellos rubios le caían sobre la frente tostada por el sol, resbalando por debajo del sombrero.

Claus balbució:

—Creí que ya no vendría nadie…

—Estaba ahí cerca —dijo Clinton—, pero he preferido esperar a que se despejase la calle.

—¿Por qué?

—No sabía cuál sería la reacción de la gente. No sé si me admiran o me odian.

—De todo un poco.

Claus se sentó tras la mesa y miró con creciente atención al hombre que ahora estaba en pie frente a él. No hacían falta muchas palabras, pero de todos modos susurró:

—Vienes por lo de mi oferta, ¿no?

—Exacto. Usted prometió públicamente que nada ocurriría a los reclamados que se presentaran dentro del plazo de cinco días.

—Así es.

—Yo quiero irme de aquí, Claus.

—¿Adónde?

—No sé exactamente. Tal vez a Missouri.

—Aquélla es tierra de agricultores.

—Precisamente.

—¿Es que piensas cambiar rotundamente de vida, Clinton?

—Del todo. Estoy cansado de esto, ¿sabe, Claus? Robar reses y venderlas… Luego huir. Estar escondido siempre, como una alimaña. No, no vale la pena.

—Pues dicen que has ganado dinero, Clinton.

—Menos de lo que la gente cree. Sólo se hacen ricos los cuatreros que trabajan en grande, con una buena banda y una red de corresponsales en todo el Estado. Yo siempre he trabajado solo, y así no se hace gran cosa.

Claus exhaló lentamente una bocanada de humo, repuesto ya de la sorpresa inicial y sintiéndose cada vez más seguro de sí mismo.

—Pues has tardado en darte cuenta —murmuró.

—Cierto… Pero es que no sabía hacer otra cosa —dijo sencillamente Clinton—. Empecé después de la guerra y me dejé llevar por la corriente. En fin… Confío en que su oferta sea verdad, Claus. Usted no se desprestigiaría para siempre incumpliendo algo que toda la ciudad ha podido leer y comentar.

—Cierto.

—Entonces considere que me he entregado. Y dígame sus condiciones para que yo salga de aquí.

Claus hizo un gesto calmoso, señalándole una silla.

—No hay prisa, Clinton. Para mí es un placer charlar unos momentos con el hombre que más trabajo me ha dado en mi vida, y al que más interés he tenido en cazar. ¿Por qué no se sienta?

Clinton aceptó. Aún llevaba su revólver, y Claus no le había dicho nada de entregarlo. Eso le daba una seguridad y le reafirmaba en su convicción de que las cosas marchaban seriamente.

—Debe haber otra razón —dijo Claus.

—¿Otra razón para qué?

—Para cambiar de vida.

—Pues… en efecto, la hay.

—¿Una mujer?

—Sí.

Y Clinton se volvió hacia la puerta. Su voz llamó, con una dulce suavidad que parecía impropia de él:

—Anna…

Una mujer que debía haber estado aguardando junto a la puerta, entró en la oficina.

Claus parpadeó.

Infiernos, nunca había visto una mujer así. Y tal vez nunca volviera a verla.

La mujer era alta, rubia y de formas opulentas. Claus le calculó unos veintitrés años por sus formas tan completas, aunque la cara era la de una niña. Llevaba un vestido negro muy ceñido y respiraba agitadamente.

En la pequeña y triste oficina produjo el efecto de una aparición, como si hubiese entrado un hada.

Claus quedó unos largos momentos en suspenso, sin saber qué hacer, hasta que Clinton dijo:

—Mi esposa.

Claus abrió y cerró la boca dos veces, sin acabar de reponerse de su asombro.

—No sabía que estuvieras casado, Clinton.

—Lo estoy casi desde que empecé esta vida. Precisamente quería ganar dinero rápido para ella.

—En verdad…, vale la pena.

Ella se sentó, en silencio, sin mirar a ninguno de los dos, y sus tentadoras formas aún se hicieron más notables cuando la luz concentrada de la pantalla se derramó sobre el lugar que la mujer ocupaba ahora.

Clinton susurró:

—Voy a decirle algo más sorprendente.

—¿Qué?

—Tenemos un hijo.

Claus arqueó una ceja, porque realmente la noticia le había sorprendido hasta lo más íntimo.

—¿De qué edad? —susurró.

—Ocho años.

—Entonces… —Claus hizo un rápido cálculo—. Ella debía ser una niña cuando…

—Sí… Era como quien dice una niña cuando nos casamos. Pero yo también era muy joven. Acababa de licenciarme como corneta de órdenes del ejército sudista. Un chiquillo, desde luego. No sé

cómo ocurrió. El caso fue que nos casamos y siempre hemos vivido juntos, aunque la gente no lo sospechara. Prometí, el día que contrajimos matrimonio, que la haría vivir como una reina.

Hizo un gesto de desaliento y susurró, mostrando las manos tristemente:

—Inútil es decir que no lo he conseguido, teniente.

Claus desvió la mirada.

—Estoy realmente sorprendido. Yo no sospechaba que…

—Nadie lo creía. Pero la verdad es que soy un hombre casado y con un hijo.

—¿Dónde está el pequeño ahora?

—No lejos de aquí.

—Quizá sería conveniente que su madre fuera con él.

—¿Por qué?

—Ésta es una conversación privada entre hombres solos.

Clinton se volvió poco a poco hacia la hermosa mujer.

—El teniente tiene razón, Anna. Los detalles que hemos de ultimar entre él y yo, son cosa nuestra. ¿Por qué no vuelves junto a Jim?

Las facciones de la opulenta hembra palidecieron un poco.

—¿Es necesario?

—Me parece mejor, Anna.

—¿Y cuándo volverás tú?

Clinton miró al teniente interrogativamente. Claus murmuró:

—No creo que se entretenga aquí más de media hora.

—De acuerdo, teniente… Estoy encantada de haberle conocido.

Y le tendió la mano, que el rural estrechó. Claus sintió como un estremecimiento al rozar aquella piel joven, tersa y fina. Y sus ojos brillaron ante las curvas de la hembra.

Ella lo notó, como lo notan todas las mujeres cuando son admiradas. Pero estaba habituada a eso, de modo que el pensamiento resbaló por su corazón sin penetrar en él.

—Adiós…

—Hasta luego, Anna —susurró Clinton.

Al quedar solos, los dos hombres se miraron fijamente, entre un silencio que casi era obsesionante.

Al fin Claus encendió un cigarro, que se le había apagado y susurró:

—¿Estás seguro de que como campesino te vas a defender mejor?

—Eso espero. Quiero emprender una nueva vida.

—¿Y estás arrepentido de todo lo que has hecho?

—No he asesinado nunca a nadie, pero reconozco haber arruinado a más de cuatro ganaderos. Lo lamento, y por eso quiero cambiar de vida.

Claus susurró:

—Excelente…

Clinton se dio cuenta de que le había cambiado la voz. No llegó a advertir que los ojos del rural brillaban de otro modo.

Introduciendo la derecha en el cajón central de su mesa, Claus indicó:

—Sólo hace falta firmar una declaración y prometer por escrito que se va a salir inmediatamente del Estado de Texas. Tengo para ello unos impresos especiales que están aquí.

Clinton no era tonto. Estaba bien atento. Sabía que, pese a todo, cualquier cosa podría suceder.

Pero nada ocurriría mientras Claus no sacara la mano del cajón, cosa que él vigilaba con todos sus sentidos. Aunque tuviese un revólver allí no le quedaría tiempo para sacarlo ni…

De pronto sus pensamientos se interrumpieron. Oyó aquella detonación como si llegara desde muy lejos. El impacto le hizo encogerse, con una sensación de terrible dolor.

No se dio cuenta de lo sucedido hasta unas décimas de segundo más tarde.

Claus acababa de disparar desde dentro del cajón con un revólver de calibre pesado. La madera frontal de aquel cajón, justamente delante suyo, era muy delgada y no había supuesto el menor obstáculo para el paso del proyectil.

El estaba sentado justo frente a la mesa, en una silla que sin duda Claus ya tenía situada allí con toda intención. Por lo tanto el rural no podía fallar.

Clinton acababa de recibir la bala en el estómago. Sabía que la herida era mortal a la larga, pero por el momento no le impedía defenderse. Trató de «sacar».

Pero uno no tiene la rapidez de siempre cuando siente un plomo quemándole las entrañas. Clinton, pese a toda su práctica, no llegó

ni a extraer el revólver de la funda.

Una segunda bala le perforó el corazón. Ahora Claus había tirado con el revólver al descubierto y sobre seguro.

El cuatrero se encogió. Sus facciones reflejaron un infinito asombro.

—A… se… sino… —logró balbucir—. Maldi… to… ca… na… lla.

Luego ya no pudo decir más. Las fuerzas le abandonaron.

Echó la cabeza hacia atrás y se derrumbó estrepitosamente de la silla, mientras sus facciones se desencajaban.

Claus sopló en el cañón del revólver, mirándole con expresión de burla.

No hacía falta rematarle. El primer tiro fue bueno, pero el segundo había resultado perfecto.

De pronto alzó la cabeza.

Varios rostros le miraban desde la puerta. Rostros sorprendidos, mitad curiosos, mitad anhelantes. Facciones de vecinos de San Antonio de Texas que no podían comprender aún qué era lo que había ocurrido allí.

Los disparos los habían atraído en un tiempo increíblemente corto. Dos de ellos avanzaron hacia el caído.

—¡Dios santo!

—Es Clinton…

—Sí, es Clinton —dijo fríamente el rural.

—¿Pero qué ha sucedido aquí?

—Ya lo ven; he terminado con él.

Uno de los rostros, el del juez, se volvió hacia él. Su expresión era casi acusadora.

—Claus, a mí no me engaña.

—No trato de engañar a nadie.

—Seguro que él vino aquí en son de paz.

—Cierto —reconoció Claus tranquilamente—. Vino a entregarse en virtud de la amnistía que yo había prometido.

—¿Pero entonces cómo…?

—El plazo terminaba a las doce —expuso Claus con una calma glacial—, y él se presentó aquí a las doce y un minuto.

Extrajo su reloj y lo examinó parsimoniosamente.

—Esto no me engaña… —dijo con toda tranquilidad—. Lo he

puesto en hora esta mañana mismo…

CAPÍTULO II

Muchas cosas habían variado en Texas con el transcurso del tiempo, pero no la costumbre de robar ganado.

Muerto Clinton, pareció como si la plaga de los cuatreros hubiese terminado. Ninguno era tan hábil, tan inteligente como él. Prácticamente todos fueron cayendo en las trampas, y a la mayor parte se les ahorcó.

Pero después de un cuatrero surgía otro. La tentación era demasiado fuerte, dadas las grandes cantidades de ganado que continuamente surcaban las llanuras de Texas, y los altos precios que alcanzaban las reses más allá de la frontera.

Luego los delitos de esa clase se diferenciaron un poco. Empezaron a abundar más los cuatreros que robaban caballos…, ¡y los vendían luego al propio ejército!

Durante años, los que criaron corceles de más fina estampa fueron los indios, y el ejército se abastecía en parte de ellos, pagándolos a buen precio. Pero ahora gran parte de las tribus estaban en pie de guerra en el curso de lo que fue la última gran revuelta india después de la contienda civil. El ejército siempre andaba falto de caballos, y los compraba a quien pudiera ofrecérselos.

Éstas eran las noticias que llegaban a la mesa del coronel Claus, de los rurales de Texas, que ahora tenía su despacho en Dallas, como correspondía a la nueva importancia de su cargo.

Aquella mañana, cuando por los ventanales entraba un radiante sol, Claus se ajustó bien el uniforme, se acarició el bigote recortado y se sentó tras su mesa.

Malone, el ayudante, entró en seguida.

—Buenos días, coronel.

—Hola, Malone, buenos días.

—Le traigo las novedades de siempre, coronel. Más robos de caballos cada vez. Parece que la situación no tenga remedio.

Claus arrugó el ceño.

—De eso tiene la culpa el ejército.

—Cierto, coronel. Protegen a los cuatreros con tal de que les vendan buenos caballos. ¿Pero qué podemos hacer?

—No lo sé… Lo evidente es que la caballería necesita buenos corceles ahora que están en pie de guerra las tribus indias. Los sacan de donde sea, y los pagan muy bien si están domados. Pero de eso a fomentar el delito…

Encendió un cigarro y preguntó:

—¿Ya se ha enviado aquella circular a los militares?

—Sí, coronel. Se cursó hace unos días. Les pedíamos que no compraran caballos si no estaban seguros antes de su legítima procedencia.

—¿Y ha habido alguna respuesta?

—Sí, coronel. Dos.

—¿Y qué dicen?

—Una afirma que eso está muy bien, pero que el ejército necesita caballos y que la lucha contra los indios es más importante que las monedas que puedan ganarse los cuatreros.

—¿Y la otra?

—No me atrevo a decírselo, coronel.

—¿Por qué? ¿Nos insulta?

—No dice nada, coronel.

—¿Cómo que no dice nada?

—Porque lo dice todo.

—¿Qué es eso? ¿Un acertijo? ¡No entiendo una palabra!

Malone acercó delicadamente un papel arrugado al centro de la mesa, procurando no tocarlo demasiado.

—Véalo por sí mismo, coronel.

Claus estuvo a punto de lanzar un bufido.

—¿Pero qué infiernos es esto? ¡Es una de las mismas cartas que enviamos! ¡Y está sucia!

—Sí, coronel. El militar que la recibió se ha sonado las narices con ella y luego nos la ha devuelto.

Claus se puso en pie bruscamente y dio unos pasos por la

habitación, conteniendo su nerviosismo, con las manos a la espalda.

Estaba pálido de ira.

Los jefes de la caballería se habían burlado de él, y no era ésa la primera vez que lo hacían. Pero él les demostraría quiénes eran los rurales y sobre todo quién era él, Claus, uno de sus principales jefes.

Capturaría a los cuatreros uno a uno. Los aniquilaría. Haría que fuesen ahorcados sin juicio previo.

La autoridad que tenían los rurales en manos de hombres justos y dignos era beneficioso y salvaba a un país. En manos de hombres como Claus podía significar una catástrofe.

—Escriba —dijo secamente a Malone—. Orden a todos los puestos.

—En seguida, coronel.

> «Todo aquel que sea capturado robando caballos, debe ser ahorcado al instante, cualquiera que sea su situación y su edad. En el informe se indicará que trató de ofrecer resistencia».

Malone escribió aquello, pero su mano temblaba.

—Coronel…

—¿Qué pasa ahora?

—Esta orden puede darnos serios disgustos si cae en manos de según qué personas.

—Yo asumo toda la responsabilidad. Seré yo quien la firme.

—Bien, pero…

—Me encargaré de aplicarla yo mismo —dijo Claus secamente —. Hace demasiado tiempo que estoy encerrado en una oficina y no salgo a caballo a cazar hombres. Voy a hacerlo inmediatamente.

Una vez en la puerta, apretó los puños. El daría una lección a todos aquellos militares que creían estar por encima de la ley. Ley, desde luego, que Claus interpretaba muy a su manera.

Una vez en la calle, su mal humor se fue disipando.

Hacía un magnífico sol. Y además, ahora lo recordaba, hoy se cumplían cuatro años de un aniversario muy feliz para él.

Cuatro años desde el día en que mató a Clinton.

Cuatro años desde el principio de una carrera meteórica, que

todos le envidiaban. Una carrera que le había hecho subir más alto de lo que jamás llegó a imaginar, aunque por todas partes tuviera enemigos.

Cierto que había tenido que marcharse de San Antonio de Texas, donde la gente no quería ni verle. Cierto que no pudo encontrar a Anna, la mujer de Clinton, pese a que la buscó intensamente, con el ánimo, perfectamente cínico, de llegar a poseerla.

Pero todo aquello eran pequeños inconvenientes si se comparaban con los progresos espectaculares en su carrera.

Ahora Claus era coronel, y muchos rurales dependían de él. Estaba en lo más alto. Además había llegado a convencerse de que hombres de su clase hacían mucha falta en Texas.

Se dirigió a la bien cuidada cuadra, donde el asistente guardaba su caballo, y le ordenó que lo ensillara inmediatamente.

* * *

Pese a tener sólo doce años, aquel pequeño sabía más que muchos cuatreros.

No había robado ningún caballo en su vida… aún. Pero daba la sensación de que jamás hubiera hecho otra cosa.

Mientras se acercaba sigilosamente a la cerca donde estaban los potros a medio domar, moviéndose siempre en la zona contraria al viento, no levantaba un solo susurro y no movía una brizna de hierba.

Vio entonces los troncos de la cerca. La luna los alumbraba con casi perfecta claridad.

Entre los caballos allí encerrados, todos de menos de un año, había uno que él no olvidaría jamás. El caballo que él recogió en el campo porque su madre había sido abatida por una bala perdida, y que crió con sus propias manos, empleando un biberón, como si aquel potrillo fuera un niño.

Durante ocho interminables meses lo había buscado, después de que su madre lo vendió. Y ahora, al saber que lo tenía cerca, sentía que el corazón le palpitaba mucho más aprisa.

Durante tres días que se le hicieron interminables había estado buscando el modo de robar aquel caballo sin que nadie lo notase. Tres días de merodear por el rancho, de dar vueltas, de acercarse por allí procurando no ser sospechoso.

Menos mal que nadie se fijaba apenas en un chico de doce años. Y nadie sabía que llevaba el apellido Clinton.

Ahora, por fin, iba a culminar sus planes. Tenía bien estudiadas las costumbres de todos los vaqueros, y sabía que podía conseguirlo. Por otra parte, su habilidad era enorme. Daba la sensación de que aquello de robar ganado lo llevaba en la sangre.

Llegó hasta el borde de la valla y alzó uno de los travesaños. Silbó muy levemente.

Todos los caballos estaban intranquilos. Un par de ellos relincharon.

Pero sólo uno de ellos se acercó, como si recordase a aquella pequeña figura que le aguardaba junto a la cerca.

Con un alegre relincho, el potro saltó por encima del travesaño bajo. Jim volvió a colocar en seguida el travesaño alto, evitando que otros caballos huyeran.

En el departamento del rancho que ocupaban los peones, Crisler, el capataz, acababa de hacer la última ronda y se disponía a dormir él también.

Encendió un cigarrillo y se reunió con Bob, su ayudante.

—¿Nada nuevo?

—Nada, Crisler.

—Creo que voy a irme a descansar. Es ya tarde.

—Podías haberlo hecho hace tiempo. No ocurre nada.

No sé por qué das una vuelta cuando todos duermen.

—Debe ser una costumbre de mis tiempos de explorador en la frontera —dijo Crisler, sonriendo—. Allí nadie podía fiarse de nada, y por eso… ¿Pero qué ocurre con los caballos? Parece que están intranquilos.

—¿Qué caballos?

—Los potros, los del primer cercado. Nunca relinchan de esa manera.

—Habrán venteado una hembra.

—¿Por aquí y en esta época? No es posible. Voy a ver qué pasa.

Bob encendió un cigarrillo a su vez.

—Siempre con tus cosas, Crisler. No descansarás nunca… En fin, vete si quieres.

Crisler entró un momento en su habitación, que estaba al lado, recogió un rifle y salió con él. Antes de avanzar por la penumbra,

arrojó al suelo el cigarrillo para que no le delatase.

Su figura atlética y erguida se dibujaba confusamente mientras avanzaba con pasos firmes, elásticos.

Crisler tenía veintiséis años y era muchas cosas. No sólo explorador de la frontera, sino también campeón de levantamiento de peso, boxeador y un tirador de primera clase. Su vida había sido una aventura constante hasta llegar allí, a Rancho Muller. Conseguido el cargo de capataz, pensaba afincarse allí y no correr más peligros. Bastantes exigía ya su actual puesto.

Los ojos de halcón escrutaron la penumbra.

Tenía que estar atento día y noche, porque los cuatreros merodeaban, y en Rancho Muller había caballos de gran calidad. Precisamente allí los domaban para luego venderlos al ejército, que los pagaba a buen precio.

Oyó entonces un rápido galope.

Estuvo a punto de lanzar una maldición, porque vio cuál era el caballo que se escapaba. Se trataba de «Valiente», su potro preferido. Estaba seguro de que poseía una gran casta y lo domaba él personalmente. No estaba dispuesto a que un sucio cuatrero se lo llevase por las buenas y luego lo malvendiera.

Alzó el rifle.

El ladrón aparecería de un momento a otro, y Crisler estaba seguro de poder descerrajarle una buena bala a aquella distancia.

En efecto, lo vio. Fue a apretar el gatillo, pero se detuvo en el último segundo.

¿Qué diablos era aquello? ¿Un enano o un niño? Y si era un niño, ¿cómo había podido robar el caballo con tanta habilidad?

El caso fue que Crisler se detuvo, y que su dedo no llegó a cerrarse sobre el disparador.

La curiosidad le excitaba más que el deseo de evitar el robo. Tenía que averiguar lo que había detrás de todo aquello. Estaba dispuesto a saber de dónde venía aquel extraño muchacho.

Volvió de nuevo a los edificios y se dirigió a la cuadra. Ensilló su caballo en silencio.

* * *

El hombre montaba un magnífico corcel, además, llevaba una silla adornada con plata. Sus revólveres tenían cachas de marfil. Las

insignias de los rurales y de su alto grado brillaban sobre su limpia camisa.

Llevaba el sombrero muy remetido en la cabeza, pero se podían ver su fino bigote recortado y sus ojos penetrantes.

Iba solo, lo cual resultaba extraño para un coronel. Y también parecía muy joven para tan elevado cargo.

Se detuvo y miró el espacio despejado desde el cual aquel muchachuelo hacía maniobrar a su caballo.

Los dos se entendían a la perfección. Y era maravilloso ver cómo aquel hombrecito de unos doce años apenas enseñaba cosas a su potro, que tenía una excelente estampa.

Impenitente admirador de los caballos y de las mujeres, Claus se acercó poco a poco.

Durante unos minutos estuvo viendo las evoluciones del potro, hasta que el pequeño se dio cuenta de que alguien lo observaba y soltó la larga rienda, mediante la cual dominaba al animal.

—Bu… buenos días, señor.

—Hola, pequeño. Por mí puedes seguir.

—No sabía… que hubiera rurales por aquí.

—Y no los hay. Vengo yo solo.

El pequeño parecía algo nervioso. Se mordía el labio inferior continuamente.

—¿No continúas? —preguntó Claus.

—Ya me iba.

—Pues lo estabas haciendo muy bien. Sigue.

—Es que… no quiero cansar a mi caballo.

—No lo cansas. Es un animal magnifico.

—Sí que lo es —dijo el pequeño con orgullo—. Pero, en fin, ahora me marcho.

—Como quieras.

Los ojos de halcón de Claus se posaron en el lomo de la bestia, que caracoleaba alegremente.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó—. Creo que no había estado nunca aquí.

—Se llama Liman, señor.

—Pues parece una población muy bonita…

Y los ojos de Claus resbalaron por la línea de casas elegantes y blancas, sobre las cuales destacaba el campanario de una iglesia.

Liman era de esas ciudades que captan en seguida la simpatía del viajero, porque dan la sensación de limpieza y de paz, Claus se sorprendió de no haberla visitado antes.

Claro que era lógico. El solo visitaba las zonas turbulentas, y allí nunca ocurría nada.

El pequeño ya se alejaba, pero él lo llamó.

—Oye…

—Diga, señor.

—Quisiera que me acompañases a rancho Muller.

—¿Yo…, yo, señor?

La voz de Jim se había entrecortado. Apenas le llegaba la camisa al cuerpo.

—Sí, tú, puesto que vas allí.

—Yo… Yo no voy a rancho Muller, señor. Además, está lejos.

—Pues me extraña.

—¿Por qué?

—Mira, pequeño, si yo conozco algo en el mundo, son las marcas de todos los ranchos de Texas. Y ese caballo tiene la marca de rancho Muller; de modo que imagino que lo llevas allí.

Jim parpadeó. Por unos momentos se sintió tan acorralado que no supo qué decir.

Pero la actitud de aquel coronel de rurales parecía amable. No debía sospechar nada, de modo que quizá fuera fácil despistarle. Con voz clara, explicó:

—Nos lo vendieron hace un par de días. Desde luego, este caballo era de rancho Muller.

—Ah…

—Y ahora, con su permiso, me marcho, señor.

—Bien.

Claus lo vio desaparecer, llevando al potro de la rienda. No dijo una palabra más.

Pero sus ojos brillaban quietamente.

* * *

Los buenos negociantes dicen: «Cuida los centavos, que los dólares ya se cuidan solos», significando que uno debe prestar atención a las pequeñas economías y a los menores detalles, porque las grandes economías y los grandes detalles marcharán así bien

automáticamente.

Desde que ingresó en los rurales, Claus tenía esta norma: «Sigue los caballos y encontrarás a los cuatreros».

No había creído ni por un momento que el pequeño hubiese comprado aquel magnífico potro, sobre todo teniendo en cuenta que rancho Muller casi nunca vendía a particulares, al ser uno de los principales proveedores del ejército.

¿Qué se escondía detrás de aquello?

Quizá nada, pero Claus estaba dispuesto a llegar hasta el fin, siguiendo su sistema de no dejar nada al azar.

Cuando el pequeño hubo desaparecido, él fue siguiendo sus huellas. Bordeó así la ciudad de Liman y llegó a un edificio blanco, aislado, con grandes ventanas y aspecto alegre. De él surgían las alegres canciones de unos niños.

Vio que el potrillo estaba allí cerca, ramoneando. No había ningún caballo más.

Claus se acercó. Estaba seguro de haber visto bien la marca, pero en aquel momento se convenció absolutamente de no haberse equivocado. Es más: habían tratado de disimularla peinando al caballo de modo que la cubriese lo más posible.

Ahora ya no le cabía duda.

Mientras pensaba en esto, se oyeron risas y gritos alegres. Las puertas del edificio blanco se abrieron, y un tropel de niños salió corriendo, esparciéndose en todas direcciones. Como ya había pensado desde el principio, aquello era la escuela de la población.

Lo de la escuela y el joven cuatrero eran detalles que no concordaban, pero Claus siguió allí.

Entonces vio aparecer a aquella muchacha. Era rubia, alta y magníficamente formada. Con mirada experta, Claus le calculó unos diecinueve años.

Llevaba una bata blanca muy ancha, pese a lo cual se adivinaba que era una mujer de campeonato. Pero cuando se la quitó, con movimientos calmosos, y debajo apareció un ceñido vestido gris, Claus sintió como un chispazo en los ojos.

¡Diablos, qué hembra!

No cabía duda de que era la maestra, y, además, ella no le había visto aún. Parecía querer tomar un poco de sol después de la clase, en la puerta de la escuela. Claus se estuvo recreando, mirándola

intensamente, hasta que ella alzó la cabeza de pronto.

Vio aquel jinete allí, a unos pasos.

Claus picó espuelas y se acercó suavemente, mientras se llevaba la derecha al ala del sombrero.

—Buenos días, señorita.

Ella se tranquilizó al ver que se trataba de un alto oficial de los rurales.

—Buenos días, coronel.

—¿Esta población se llama Liman?

—Sí, señor. ¿Puedo servirle en algo?

—Es usted la maestra, por lo que veo.

—Exacto.

—Entonces podrá decirme cuándo compraron ese potro.

Señaló al que comía la fresca y jugosa hierba. La maestra parpadeó, como si no entendiera.

—¿Ese potro? No es nuestro.

—Pues no lo entiendo. Hace poco un muchacho de unos doce años lo ha traído aquí.

—¿Dice unos doce años?

—Más o menos.

Ella sonrió.

—Entonces debe ser Jim, el hijo de la dueña de la escuela. Lo que no sabía era que tuviese un caballo.

—¿La dueña de la escuela no es usted?

—No. Yo sólo soy una maestra a sueldo.

—Siento no poder inscribirme como alumno —dijo Claus, riendo.

Ella rió también, por compromiso. Se notaba, de todos modos, que era una muchacha honesta y seria, lo cual no hizo sino enardecer a Claus, pues era así como le gustaban a él.

—No admitimos alumnos tan creciditos, coronel —dijo ella, tras un breve silencio—. Y además, ¿usted para qué necesita ir a la escuela? Supongo que me podría dar lecciones a mí.

—Sólo en cierto modo. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Marta.

Claus carraspeó. Ya casi no se acordaba del potro, pero no tenía más remedio que volver a hablar de él, ya que justificaba su presencia en aquel sitio.

—¿Dice que el pequeño se llama Jim?

—Exacto.

—¿Y no tenía antes ese caballo?

—Yo no se lo había visto nunca, a menos que… Pero, oiga…, ¿no estará sospechando de él? ¿Verdad que no, coronel?

—¿Cómo puede concebir eso? Sólo quiero saber qué precio pagó. Es para estar orientado, porque es posible que haga una compra en rancho Muller.

—Eso se lo dirá su madre.

—¿Su madre?

—Sí, ya se lo he dicho antes. La dueña de la escuela.

—Perdone, lo había olvidado. Me pasa con usted una cosa extraña, y es que no pienso en nada mirándola.

Marta se sonrojó levemente, pero no hizo el menor comentario.

—¿Quiere que la llame?

—Sí, por favor. ¿Vive aquí?

—En esa parte del mismo edificio.

Marta se desplazó unos pasos e hizo sonar una campanilla. Poco después, la puerta se abrió.

Una mujer apareció en el umbral.

Y Claus sintió que por un momento daba todo vueltas en torno suyo, porque hacía mucho tiempo que no veía a aquella mujer.

Cuatro años.

Anna, que no le había reconocido, le miró con curiosidad. Dio un par de pasos hacia él.

Y de pronto vio otra vez aquel bigote, aquellos ojos, aquella boca que no olvidaría nunca.

Estuvo a punto de lanzar un grito y vaciló, al borde de la caída, mientras Claus saltaba ágilmente del caballo para recogería.

Tendió los brazos hacia ella.

CAPÍTULO III

El Destino suele gastarle a uno bromas muy especiales, pero cuando sonríe, lo hace de veras. Y eso fue lo que pensó ahora Claus: que el Destino se ponía a sonreírle.

Durante horas y horas buscó a aquella mujer, después de matar a Clinton, sin encontrarla. Durante años la había recordado.

Y ahora la tenía allí, al alcance de sus ojos, y Claus confiaba que también al alcance de sus manos.

Por lo pronto, ya la había sostenido, rozando sus maravillosas formas. Porque Anna estaba tan guapa como la primera vez que la vio, y si en algo había cambiado, era solamente para mejorar.

Ella se revolvió.

—¡Déjeme!

—Perdone. Sólo quería ayudarla.

Anna le miró, jadeando, como si Claus fuese una aparición en la que aún no pudiera creer.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, con voz rota.

—He venido para inspeccionar la zona.

En aquel momento, Marta, la maestra, se acercó también. Le parecía más que extraña la actitud de aquellas dos personas.

—¿Le ocurre algo? —balbució.

—No… Nada.

—Quizá la señora me ha confundido con otra persona —dijo Claus suavemente—. Ha tenido un sobresalto, pero veo que ya se le va pasando.

En efecto, el color volvía a la facciones de Anna, aunque seguía mirando a Claus como si éste fuera producto de una pesadilla.

El coronel murmuró:

—Necesito hablar contigo.

—No tiene que decirme nada. En todo caso, soy yo la que tendría que decir muchas cosas que he luchado por olvidar para siempre.

Marta se había retirado, aunque un poco sorprendida, y no oía nada de aquella parte de la conversación. Basándose en eso, Claus dijo con voz tensa:

—Te conviene oírme.

—Usted no puede mandarme… Váyase al infierno. No es más que un miserable asesino que debería ser denunciado a…

Claus rió silenciosamente.

—¿A quién? —preguntó—. ¿A los rurales?

Ella se dio cuenta de la verdadera situación, y no pudo evitar que por su espalda pasara un frío ramalazo de horror.

—Veo que ha progresado mucho —dijo sombríamente.

—Cuando un hombre vale, lo ascienden.

—No quiero contestar a eso. No quiero decir lo que estoy pensando. Sólo le pido que, por favor, se vaya de aquí.

—No puedes impedir que hable contigo. Estoy realizando una investigación oficial.

—¿Una investigación?

Claus señaló con un movimiento de cabeza el potro que retozaba alegremente a poca distancia.

—Tu hijo tiene ese caballo.

—¿Mi hijo? Eso es falso. No tenía ninguno.

En realidad, Anna no había reconocido al pequeño potrillo muerto de hambre que un día recogió Jim, dándole el biberón con sus propias manos hasta que se hizo fuerte y vigoroso. Dijo la verdad: era cierto que su hijo no tenía ningún caballo.

—Entonces, lo ha robado —musitó Claus.

—Eso no es posible. No diga tonterías.

—El mismo lo ha traído hasta aquí; de modo que hay pruebas contra él. Quiero hacer una investigación y más vale que hablemos. Entremos en tu casa.

Anna, desmayadamente, sin fuerzas, permitió que él traspusiera el umbral.

Claus lo contempló todo en torno suyo, con admiración.

La casa, que estaba en la parte anterior de la escuela, constaba de dos habitaciones y estaba bien amueblada. En casi todos los

detalles se admiraba el buen gusto de una mano femenina. Claus pensó que era agradable aquel ambiente y que más agradable aún podía resultar el vivir allí, en compañía de una mujer tan hermosa como Anna.

—Tienes una bonita jaula —masculló.

—Es posible.

—¿Con qué dinero has adquirido esto?

—Con el mío. Lo he ganado legalmente.

—¿Sí, eh?

—¿Por qué lo dice con ese tono? ¿Acaso pretende acusarme de algo?

—No, no… De ningún modo. Yo sólo trato de recordar que las responsabilidades de Clinton no quedaron liquidadas con su muerte. El dinero producto de sus robos no se recuperó. Y es posible que todo esto tenga algo que ver con tan importante asunto.

Anna se dejó caer en una silla, completamente desmoralizada, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

—Le juro que ha sido adquirido legalmente —dijo, mientras se retorcía los dedos.

—¿Con qué dinero?

—Trabajé.

—Trabajando no se ahorra.

—Bien… Es posible que quedara algo de lo que Clinton tenía —dijo ella, con angustia—. Pero poco.

—Y te dedicaste a la enseñanza…

—Yo no podía hacerlo porque no sé bastante para ser maestra. No, ni mucho menos. Pero la enseñanza es un buen negocio aquí, donde la gente va cambiando poco a poco de mentalidad y quiere que sus hijos aprendan. Hice construir este edificio y contraté a Marta. Ella es una maestra ideal.

Claus se sentó en otra silla, frente a ella, y la miró fijamente, con deseo y con sorna.

—Bien —dijo—, ya son dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—Este negocio, instalado con dinero que procede del robo, y no del caballo.

—En lo del negocio no tiene ninguna razón. En cuanto al caballo…

—Lo han robado del rancho Muller. Lleva su marca.

—Eso… no puede ser.

—Y lo ha hecho tu hijo Jim. Tengo pruebas.

Anna se llevó una mano a los ojos. Parecía como si el mundo entero se hubiese desplomado sobre su cabeza.

—No puede ser —balbució—; a menos que…

—¿Qué?

—¡Dios santo, sólo eso sería posible! Que se tratara del potrillo que el recogió y alimentó con sus manos. Estuvo a punto de morirse de pena cuando lo vendí, precisamente para pagar la última reparación de la escuela.

—¿Sabes la pena que rige aquí para los que roban caballos, sea cual sea el motivo?

Anna se estremeció de horror.

—Lo leí hace unos días, pero…, pero no puede ser. Sería demasiado horrible.

—Las cosas legales nunca son demasiado horribles, muñeca. Si se hacen, es porque hay necesidad de ello. Y podría hacer que se aplicase la máxima pena a Jim, una vez se comprobara el delito.

Anna tenía los ojos desencajados. Había quedado sin habla.

—Eso… sería una locura y un crimen —pudo decir al fin.

—Quizá. Pero también sería una realidad.

Claus llevaba la conversación por el terreno que más le convenía. Ahora tenía a la mujer hundida moralmente y ella iba quedando a su merced. Fue ése el momento que eligió para decir:

—Claro que las cosas… pueden arreglarse.

—¿Qué… trata de insinuar?

Claus hizo un gesto elegante, de hombre de mundo.

—He de reconocer que me impresionaste la primera vez que te vi. Me impresionaste mucho, de un modo que ahora no te podría describir. E incluso la noche que… Bueno, la noche en que Clinton pagó sus crímenes, te busqué de un lado a otro como un loco.

—¿Para qué?

—Pues… con una intención muy honrada. Quería consolarte.

Anna se dio cuenta del abismo negro que había tras los ojos de Claus. Y bruscamente, aunque eso pueda parecer extraño, se sintió más segura de sí misma. Aquel terreno le era familiar. Un hombre que la desease siempre era menos peligroso que un hombre que la

aborreciera.

Incluso si ella quisiese, no sólo podría conjurar el peligro en que ahora se veía hundida, sino incluso sacar ventaja de aquella situación.

Claus, por otra parte, no era despreciable en un sentido puramente físico.

Alto, fuerte, con la planta del que siempre ha hecho ejercicio, resultaba fácil que las mujeres se enamorasen de él. Y eso, sin duda, había ocurrido con bastante frecuencia.

Claus adivinó que ella le miraba de otro modo, que algo muy sutil había cambiado en la actitud de la mujer. Y murmuró:

—¿Qué dices?

Anna no contestaba.

Seguía mirándole fijamente.

Claus se puso en pie y comprendió que había ganado lo más difícil de la partida. Ahora, el hielo ya estaba roto. Acercándose, tendió los brazos hacia la cintura de la mujer, con ánimo de enlazarla en ellos.

Pero tuvo una sorpresa.

De repente, los pensamientos de Anna habían cambiado. Todo el asco que le inspiraba aquel asesino y aquel oportunista se manifestó en la furia con que tendió la mano derecha.

La bofetada restalló sonoramente en la mejilla de Claus. Éste sintió que la sangre se le agolpaba en la cara.

Estuvo a punto de golpear a la mujer con sus puños y hacerla arrepentirse para toda la vida de aquel mal momento. Pero se contuvo porque ya había otros sistemas para hacérselo pagar. Anna no saldría bien librada de todo aquello.

—Detendré a tu hijo —murmuró.

—¡No te atreverás!

—Eso estará visto muy pronto.

—¡Buscaré un abogado y haré que lo pagues todo! ¡Desenterraré lo de la muerte de Clinton!

—Eres muy libre de buscar un abogado, pero él no resolverá nada. En parte, porque a los cuatreros detenidos in fraganti se les aplica en el acto la pena capital. Y no sé qué es lo que puede conseguir un leguleyo en ese caso. Quizá componer un bello discurso para soltarlo ante la tumba.

Todo el hermoso cuerpo de Anna sufrió una terrible crispación, dándose cuenta de hasta qué punto el horror la envolvía.

De lo que acababa de decir Claus no podía dudar. Por si dudase, le bastaba recordar la muerte de Clinton.

Cierto que Claus acabaría mal, y que un día sus jefes lo expulsarían. Pero mientras tanto…

El había abierto la puerta exterior.

—Creo que ahí está Jim —dijo cruelmente.

En efecto, el pequeño estaba ya junto al potro. Le acariciaba el cuello suavemente.

Claus le hizo volver a la realidad con voz ronca.

—¡Tú, pequeño cuatrero!

Jim le miró, parpadeando.

—¿Me lo dice a mí, señor?

—Sí, a ti. ¿De dónde has sacado ese caballo?

—Pues… pues… lo encontré.

—¿Con la marca de otro rancho?

—No sé… No me había fijado.

—Pues la lleva bien clara. Es de rancho Muller.

El pequeño Jim estaba sudando de angustia. Materialmente, no sabía qué hacer.

—Es posible que se perdiera —balbució.

—¿Sí, eh?

—Los caballos se pierden.

—Al contrario. Los caballos *no* se pierden. Y menos, los que tienen esa magnífica estampa y llevan la marca de Rancho Muller.

—Me parece que se confunde, señor —susurró Jim.

Claus avanzó poco a poco hacia su propio caballo, que estaba detenido a poca distancia.

—Te llamas Jim Clinton, ¿eh?

—Pues… pues sí.

—¿Sabes quién era tu padre?

—Mi padre murió hace años.

Claus pronunció las palabras poco a poco, poniendo un dejo insultante en las mismas:

—Tu padre era un cochino cuatrero.

—Le prohíbo que hable de ese modo —masculló Jim, pese a su corta edad—. Mi padre fue un hombre honrado.

—De acuerdo, pequeño, de acuerdo… Ya te explicaré unas cuantas cosas que te convencerán de lo contrario. Tendrás tiempo de escucharme en la cárcel.

—¿En… la cárcel?

—¿Pues qué creías, imbécil? ¿Que a uno le ponen una medalla cuando roba un caballo?

Jim se dio cuenta de que estaba sucediendo lo que nunca creyó posible. Guiado por su amor a un caballo, había cometido un grave delito. Eso era algo que *ellos*, las personas mayores, nunca lograrían entender.

Lanzando apenas un gemido, trató de escapar con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Claus le dejó alejarse unas yardas.

Luego emitió una lenta risita, mientras descolgaba sin precipitarse la cuerda que siempre llevaba en la silla de su caballo.

La lanzó hábilmente y no falló ni por media pulgada. Jim, que se encontraba ya a bastante distancia, emitió un gemido al sentirse atrapado. La cuerda le había pasado por encima de la cabeza, ciñéndose a su cuerpo y dejándole completamente aprisionado.

Claus tiró poco a poco de él, divirtiéndose con la maniobra.

—Ven aquí, aprendiz de cuatrero… Yo te enseñaré lo que se hace con la gente como tú… Vas a lamentarlo toda la vida…, si es que llegas a vivir.

Jim pateaba, gemía, pero era arrastrado implacablemente por la cuerda.

Marta, la maestra, y Anna, su madre, asistían impotentes a aquel espectáculo, sin atreverse a reaccionar aún, quizá porque no podían comprender lo que estaba sucediendo.

Y fue entonces cuando se escuchó aquella voz:

—Deje al chico.

Había sido una voz fría, metálica, dura.

Claus se volvió lentamente, como si no pudiera creer que alguien se atreviese a hablarle de aquella manera.

Vio a un hombre joven, atlético, que en aquel momento descendía de un magnífico corcel. Tenía una estampa de boxeador que impresionaba, pero llevaba ropas de vaquero.

Eso fue lo que dio confianza a Claus. Aquel tipo era solamente un don nadie.

—¿Qué ha dicho usted? —murmuró.

—He dicho que suelte al chico. Me ha entendido bien.

—¿Con qué autoridad?

El desconocido puso los brazos en jarras.

—Con la que me sale de las narices.

—¿Está loco? ¿Quién es usted?

—Me llamo Crisler.

—¿Y eso qué?

—Soy el capataz de Rancho Muller.

—No me importa.

—Pues creo que va a importarle, coronel. Si yo no soy tonto, este lío se ha originado a causa del caballo que ahora come hierba a su derecha.

—Sí.

—Bueno… Da la casualidad de que el caballo es de Rancho Muller. Vengo a llevármelo.

—Pero ese aprendiz de criminal lo robó…

—Se equivoca. Lo que ha hecho es encontrarlo, y pensamos recompensarle. El caballo se nos había perdido.

Las facciones de Claus se volvieron de color ceniza.

—¿Está de broma, Crisler?

—¿Yo? ¿Por qué?

—No he nacido ahora. Llevo años tratando con ladrones de caballos y con rancheros. Sé lo bien que vigilan el ganado en Rancho Muller, porque les es muy valioso. Ese potro no se escapa si alguien no lo saca de su apartadero.

—No tiene motivo para decir lo contrario que yo, coronel. No olvide que soy el capataz del rancho y, por tanto, la parte perjudicada. Aquí no ha habido robo; de modo que suelte al chico.

—No pienso hacerlo.

—¿No?

—Lo que haya que aclarar, lo aclararemos en la delegación de los rurales.

Crisler encajó las mandíbulas.

—Usted no se llevará al chico, coronel.

—¿No, eh?

—Suéltelo.

Claus rió secamente.

—Venga por él.

Creyó que el otro no se atrevería, y por eso parpadeó un par de veces al ver que aquella torre humana avanzaba hacia él.

Vio sus puños de gigante y comprendió que estaba perdido. Si el otro le alcanzaba, aunque sólo fuera una vez, le desharía la cara.

Por un momento pensó en usar el revólver, pero eso podía tener malas consecuencias. De modo que soltó el cabo de la cuerda y se inclinó hacia el suelo como si fuera a recogerla otra vez.

—Tómela usted mismo…

Crisler se acercó confiadamente.

Creyó que la actitud del coronel de rurales había cambiado y que, por fin, se mostraba razonable.

Se dio cuenta de su error cuando ya era demasiado tarde. El puñado de tierra, recogido con increíble rapidez, le había alcanzado en los dos ojos. Se llevó las manos a éstos, con un gesto instintivo, mientras musitaba:

—¡Traidor!

Claus no perdió un segundo.

Sus puños no eran tan demoledores como los de Crisler, pero resultaban dignos de respeto. Los disparó uno tras otro, buscando los puntos vitales.

Crisler se estremeció al recibir los impactos.

Uno en la sien izquierda, otro en la mandíbula.

Vaciló, y ése fue el momento en que Claus atacó por segunda vez. Movió la derecha, mientras rechinaba los dientes.

Crisler recibió otro terrible golpe en la mandíbula. Abrió los ojos, tratando de ver, y lo único que consiguió fue que la tierra pareciera penetrar hasta el fondo mismo de sus globos oculares, dejándole totalmente ciego.

Para entonces ya había recibido otro golpe más, de lleno en el hígado.

Sus rodillas temblaron un momento. Comprendió que, ya que no podía ver, le convenía cubrirse.

Pero eso le dio rabia. No iba a estarse allí como un muñeco, mientras el otro pegaba. Comprendió que si lo alcanzaba una sola vez de lleno, lo dejaría seco.

Por eso disparó su puño derecho como una bala de cañón. Pero Claus era ágil y, además, había visto venir aquello; lo esquivó.

Con el golpe fallido, Crisler quedó aún más al descubierto. No pudo esquivar los dos nuevos golpes.

Éstos fueron más rápidos y fuertes de lo que había imaginado. Aisladamente, los impactos no le hubieran destrozado en exceso, pero la serie seguida le hundió. Bruscamente, notó que todo daba vueltas en torno suyo, sensación que se hizo mucho más angustiosa al tener los ojos cerrados. Notó un choque en la nuca. Era inconcebible, pero había caído a tierra.

Claus le escupió con desprecio, y luego le propinó un puntapié en la cabeza.

—¡Ya es bastante! —gimió Marta—. ¡Ya es bastante! ¡Se está comportando como una bestia!

Claus se encogió de hombros.

No recogió la cuerda otra vez, sino que miró fijamente a Anna.

—Por el momento, el chico queda en libertad —murmuró—. Pero piense en nuestra conversación, *señora.*

Anna le miró desde la puerta, sintiendo que una cosa muy extraña e inexplicable nacía en ella.

Claus ya no le parecía tan odioso, tan repulsivo.

Le había visto vapulear como si fuera un pelele a un hombre más alto que él. Y acababa de dejar libre a Jim.

Anna no se había dado cuenta, a distancia, del detalle de la tierra a los ojos.

Sólo pensaba en estos momentos que quizá, de todos modos, Claus no era lo que parecía. Y que, sobre todo, la deseaba sobre todas las cosas, lo cual, después de varios años de soledad, le producía un secreto e inconfesable placer.

Lo vio alejarse lentamente.

Luego se acercó al caído, que se llevaba la mano a la boca, cubierta de sangre.

Pero ya Marta le estaba atendiendo. Inclinada sobre él, le limpiaba los ojos con agua.

—Gracias por su intervención —musitó Crisler—. Aquel tipo iba, verdaderamente, a deshacerme la cabeza, y yo no podía verle.

—Debí dejar que se la deshiciera —dijo, inesperadamente, Marta —. Me dan asco los pistoleros como usted. Se ve de lejos que es de esos tipos que siempre están buscando bronca.

Palpitaba tal desprecio en la voz de la mujer, que Crisler ya no

se atrevió a decir nada.

Vaya, por lo visto, aquél no era su día.

Y se estuvo muy quieto, al menos mientras ella seguía lavándole los ojos.

CAPÍTULO IV

Kimball empuñó el revólver en su derecha y disparó seis veces frenéticamente, con tanta rapidez que todo pareció un solo y cercano trueno. Sólo un oído experimentado hubiera podido captar el pequeñísimo paréntesis de tiempo que mediaba entre un disparo y otro.

Luego, Kimball respiró fuertemente.

—Magnífico —dijo una voz a su lado.

Kimball sonrió. El que le elogiaba era Murray, quien iba a actuar de juez en el próximo concurso de tiro, a celebrar durante los festejos de las fiestas ganaderas.

Murray se acercó a los blancos y los miró uno tras otro.

—No puede haber disparos mejores —dijo—. Es seguro que ganarás el concurso, Kimball.

El aludido se acarició la barba, riendo secamente.

—Estaba seguro de ello. Me entreno todos los días y cada vez estoy más en forma.

—Pero hace falta que no tiemble el pulso en el momento decisivo.

—¡Bah! ¿Y por qué me había de temblar?

—Vendrán bastantes rurales a presenciar los festejos. Y puede que algunos te conozcan.

Kimball se acarició la barba otra vez. Por su expresión, se notó que aquella perspectiva no le hacía ninguna gracia.

—No estoy reclamado aquí —dijo al fin.

—Pero los rurales tienen jurisdicción sobre todo Texas.

—Muy bien —dijo Kimball secamente—. Cuando termine el concurso, me iré. Y si alguien trata de detenerme antes, aunque sea un rural, que se atenga a las consecuencias.

—¿Serías capaz de…?

—Cuando se trata de luchar por mi propia libertad, yo soy capaz de matar a cualquiera. Lo he hecho otras veces. ¿O quizá ya no lo recuerda, Murray?

Murray se encogió de hombros.

—No es cuestión mía. Pero vete con cuidado, Kimball. Y vigila también el verdadero motivo por el cual quieres quedarte en la ciudad.

—¿Qué insinúa?

—Todo el mundo se ha dado cuenta. Si te quedas aquí, a pesar del peligro que corres, es por Anna, la viuda de Clinton. No la dejas en paz.

—Bueno… No voy a ocultar que la chica me gusta.

—Es que también le gusta a alguien más.

—¿A quién?

—Lo he sabido hace poco. A Claus, un coronel de rurales, jefe de toda esta zona. Ayer bebió demasiado en el *saloon* de Ingrid y se hartó de decir a quien quisiera oírle que Anna pronto sería suya.

Kimball se engalló.

—¿De veras?

—Te lo dirán en el propio *saloon* de Ingrid, si no me crees. Pero ve con cuidado. El es un coronel de rurales.

—¿Y tiene la piel más dura que los otros?

—¿Qué quieres decir?

—Que si las balas no le atraviesan… Bueno, yo me entiendo. Ese asunto lo arreglo en seguida.

—Oye, Kimball… ¿Qué pretendes?

—Yo, nada… Pero que Claus no pretenda nada tampoco, porque de lo contrario, se va a armar.

Y se fue hacia el *saloon* de Ingrid.

Era la hora en que los locales empezaban a estar animados en Dallas. El crepúsculo lo tenía todo con sus suaves colores, y los que ya habían terminado su trabajo (junto con los que no trabajaban nunca) se reunían en los *saloons*. Algunas mujeres hacían sus últimas compras, antes de que los establecimientos cerraran.

Kimball sabía que aquel día Anna iría al *saloon* de Ingrid, más o menos a aquella hora.

Anna tenía muy cerca la escuela, y cada miércoles compraba un

poco de vino, cosa no fácil de conseguir en aquella tierra. Decía que a Jim le sentaba bien.

Había sido allí donde Kimball, el pistolero fugitivo, la vio por primera vez. Y donde esperaba verla ahora para aclarar las cosas de una vez para siempre.

Se detuvo cerca de la entrada al verla venir.

Kimball, desde luego, no tenía un aspecto agradable, con su camisa desabrochada y su barba inculta, de varios días. Pero eso a él le importaba muy poco.

Otras veces había estado peor, sobre todo cuando se fugó del presidio de Yuma. Todo en el mundo es relativo, y él consideraba que ésta era la época mejor —y más elegante— de su vida entera.

Miró de soslayo a Anna.

—Hola, muñeca.

Ella trató de pasar sin rozarlo, pero una de las manazas se clavó en su cintura.

—Demasiado tiempo me has estado esquivando, preciosidad. Ya es hora de que hablemos.

—Usted y yo, nada tenemos que hablar, Kimball.

—Sabes que fui amigo de tu marido.

—Precisamente por eso.

Y fue a entrar, pero él la mantuvo cerca a la fuerza. E incluso la estrechó contra su cuerpo.

—Déjeme, Kimball —susurró ella fríamente.

—Te he dicho que hemos de hablar.

—Nunca se había portado así…

—Precisamente porque nunca hablamos. Y ya he agotado toda mí paciencia.

Anna se estremeció. Aquel hombre le inspiraba una mezcla de miedo, repulsión y asco que no sabía definir.

Era muy diferente de Claus, que siempre iba impecable y seguramente sabría tratarla como a una dama.

¿Pero por qué pensaba eso de Claus? ¿No era lo bastante maldito para que se olvidara de una vez de él?

—¡Déjeme, Kimball! ¡Me da asco!

—Vas a lamentarlo si no me escuchas, muñeca.

—¡Le he dicho que…!

—¿No lo ha oído? Lárguese.

La voz había sonado a espaldas de Kimball. Éste se volvió muy poco a poco.

Vio nada menos que a un coronel de rurales, un cuerpo de vigilancia que siempre le había inspirado una especial repulsión. Por su culpa fue a Yuma y por su culpa le faltó poco para ser ahorcado. Sólo al ver a aquel tipo ya sintió que rechinaban sus dientes.

—¿Por qué se mete en esto? —masculló.

Anna estaba como paralizada.

Acababa de ver frente a ella la alta y arrogante figura de Claus, y no podía negar que una secreta sensación de placer se estaba filtrando en su sangre, haciendo que ésta quemara.

Nunca un hombre de tanta importancia se había peleado por ella.

Clinton siempre la consideró sencillamente como su mujer, sin valorarla en todo lo que debía. Había sido después de quedar viuda cuando se dio cuenta realmente de que los hombres se volvían locos por ella. Y no sabía por qué, pero sentía como un secreto deseo de vengarse de los años de indiferencia que pasó junto a Clinton, de gozar y disfrutar ahora todo lo que su belleza podía darle.

Inútil es decir que esos pensamientos no estaban muy claros en la mente de Anna, que los tenía sólo en su interior como una sensación confusa.

Pero todo ello bastaba para que la sola visión de Claus la enardeciera secretamente.

El rural dijo con indiferencia:

—Me parece que usted es Kimball…

—Sí.

—Fugitivo de Yuma.

—Sí.

—Y, posiblemente, reclamado.

Kimball no había parpadeado ni una sola vez.

—Tiene buena memoria, coronel —dijo—, pero en este caso ha olvidado algo importante.

—¿Qué?

—También soy un tirador de primera.

Anna dijo impulsivamente:

—No se arriesgue. Es cierto lo que dice.

—Vaya… Veo que se preocupa por mí, *señora* —murmuró Claus —. Eso es siempre halagador. ¿Qué piensa de Kimball?

—Me da miedo y asco.

—Y no la deja en paz.

—Lleva dos meses persiguiéndome, día tras día.

—Pues ahora la broma ha terminado. Se lo voy a quitar de en medio.

Kimball masculló:

—Me gustaría saber cómo.

—De un modo muy sencillo. Te vas a largar.

—¿Sí?

—Y ahora mismo.

—Esto es estupendo, coronel. Me tiene en vilo.

—¿Por qué?

—Porque me pregunto de qué modo va a conseguirlo.

—Eso es sencillo.

—¿De veras?

—Claro que sí, muchacho… Sólo tienes que demostrarme lo buen tirador que eres…

Todo el cuerpo de Kimball sufrió una sacudida. Se dio cuenta de que había llegado la hora de matar o morir, y eso le alegró. Infiernos, ya era hora de que el «Colt», su único amigo, tomara la palabra para resolver aquello.

Anna se llevó la derecha a la boca.

—¡Dios santo…!

No tuvo tiempo de decir más. Inmediatamente se dio cuenta de que Claus iba a morir.

Kimball había «sacado» con la velocidad del rayo.

Su revólver estuvo en línea de tiro antes que el de su enemigo.

Pero se oyó una sola detonación. Claus, con asombrosa precisión, acababa de tirar a través de la funda, sin necesidad de hacer otra cosa que desplazar levemente el codo.

Kimball fue sacudido por una especie de viento salvaje. Se estremeció, mientras lanzaba un grito de dolor. Una segunda bala le penetró en medio de los dos ojos.

Claus apenas le miró. Se limitó a acariciar la culata del revólver suavemente.

—Siento haberla asustado —dijo—, *señora*…

Y se alejó poco a poco como la otra vez. Anna le estuvo mirando hasta que desapareció, con el corazón estremecido.

Luego regresó a su casa como una sombra.

Aquella casa vacía donde ya, al cabo de los años, no palpitaba ningún recuerdo.

Sólo el presente importaba para ella ahora. Su presente de mujer que es hermosa y que tiene derecho a vivir.

Sabía que *él* vendría.

Lo había olvidado todo, quizá porque ella no vio cómo Claus mataba a su marido. Para ella la muerte de Clinton había pasado a ser como un hecho irremediable, como algo que, de todos modos, hubiera tenido que suceder.

Anhelante, sin saber el porqué de aquellos atropellados pensamientos, Anna esperaba.

Sus manos temblaban levemente.

La soledad la envolvía. Sabía que Jim no iba a volver hasta mucho más tarde, porque Marta le daba unas clases especiales y aquella noche, además, le había invitado a ver la sesión de un circo que acababa de llegar a Dallas, anticipándose a las fiestas.

Oyó aquellos pasos junto a la puerta.

Unos pasos seguros, lentos de hombre que sabe lo que quiere. Tal como Anna lo deseó siempre.

Claus no llamó. Empujó levemente la puerta porque sabía que ella le estaba esperando.

Con la mirada quieta, perdida en el fascinante cuerpo de la mujer, cerró poco a poco a su espalda.

Anna se puso en pie.

Todo su cuerpo temblaba.

—Has tardado demasiado —dijo roncamente.

Y avanzó unos pasos hacia él, perdiéndose en sus brazos, desmadejada, sintiendo cómo una llamita de locura se encendía en su sangre.

CAPÍTULO V

Claus entró en su despacho silbando y se acarició con deleite el bigotillo recortado antes de sentarse a la mesa.

Se había afeitado con más cuidado que nunca aquella mañana. Su uniforme era impecable y nuevo.

Malone, su ayudante, sonrió.

—Viene muy contento esta mañana, coronel.

—Sí, desde luego.

—Y eso que salió de patrulla. Antes siempre solía regresar muy fatigado.

—Es que cada día estoy más joven. Por cierto, tu novia trabaja en una joyería, ¿no?

—Exacto, señor.

—Quiero que me ayude a seleccionar una buena sortija.

—¿Una sortija? ¿Es que va a casarse, coronel?

Claus hizo un gesto de hastío con la mano derecha.

—¿Casarme? ¡Bah! ¿Qué necesidad hay de eso? La sortija la quiero para otra cosa. Bueno…

Echó una ojeada a los papeles que había sobre la mesa.

—¿Qué hay de nuevo?

—Lo más importante es esta carta, coronel. No la he abierto porque dice en el sobre que es privada. Y viene directamente de la Casa Blanca, de Washington.

Claus sonrió levemente.

Ahora estaba en vena de aciertos, estaba en su mejor época. Aquello tenían que ser buenas noticias.

«Otro ascenso», pensó.

Rasgó el sobre, extrajo el papel y paseó la mirada por las líneas en él escritas.

De pronto la hoja resbaló de entre sus dedos.

—No… —balbució—. No es posible…

* * *

El hombre descendió de un salto de su magnífico corcel y miró en torno suyo.

Los chiquillos ya se habían alejado corriendo y riendo, igual que una bandada de pájaros alegres. En la puerta de la escuela sólo estaba Marta, que lo miraba con curiosidad, pero que en seguida hizo un mohín de desprecio al reconocerlo.

—¿A qué viene aquí, pistolero? —preguntó en voz alta.

Crisler señaló el caballo que llevaba detrás, sujeto del bocado por una cuerda.

—Traigo esto.

—Pues no sé cómo se ha atrevido a venir aquí. ¿No tuvo bastante con lo del otro día?

Crisler se pasó una mano por la mandíbula.

—Aún me duele.

—Tenga cuidado. A lo mejor aquel tipo vuelve.

—Estando usted no corro ningún peligro. Espero que me defienda como la otra vez.

Marta sintió que reía a pesar suyo.

—¿No se toma nunca las cosas en serio?

—Las mujeres como usted, sí.

Marta hizo un mohín de desagrado.

—¡Oiga, yo no soy una *cosa*!

Y cerro bruscamente la puerta de la escuela, desapareciendo tras ella.

Crisler sonrió a medias.

Tenía cosas más importantes que pensar en aquel momento. Y la primera era aquel caballo.

Le acarició el cuello, dejándolo libre en el momento en que un muchacho de unos doce años llegaba corriendo como un loco desde lejos, al reconocerlo.

—¡«Valiente»! ¡«Valiente», tú aquí otra vez!

Jim se abrazó al cuello del animal, que le acariciaba con su lengua, sin darse cuenta de que si el corcel estaba allí era porque lo había traído alguien.

Al fin alzó la cabeza, como volviendo en sí, y miró a Crisler.

—¿Lo ha traído usted? —balbució.

—¿No lo ves?

—¿Y… y por qué lo ha traído? Si es para llevárselo otra vez… aún será peor.

Crisler meneó la cabeza.

—No, chico, no es para llevármelo.

—¿Quiere decir que…?

—Es tuyo.

Jim le miró sin comprender.

—Se ha equivocado, señor. Es que yo… no puedo pagárselo.

—¿Y quién te habla de que tengas que pagarlo? Yo te lo regalo.

—¿Us… usted?

Jim no podía creerlo.

—¡Pero si este caballo vale muchísimo dinero! —balbució.

—No tanto. Valdrá su peso en plata, desde luego, pero cuando esté bien entrenado. Ésa es cuestión tuya.

—¿Cómo lo consiguió?

—No sé si el otro día oíste que soy el capataz de rancho Muller.

—Precisamente por eso. Usted no puede robarlo.

Crisler lanzó una carcajada.

—No tengo esa costumbre, Jim. Si yo robara caballos en mi propio rancho, estaríamos listos… La verdad es menos complicada. El señor Muller me debía algún dinero, y yo he pedido que me pagara cediéndome a «Valiente».

Jim casi lloraba de alegría. No sabía de qué modo demostrar su gratitud a Crisler.

Fue a tenderle la mano, pero eso le pareció ridículo. El todavía no era un hombre.

Tuvo que ser Crisler el que se la estrechó.

—Desde el momento en que uno tiene un caballo y lo puede dominar —le dijo—, es todo un hombre, Jim. Pero ser hombre no resulta sencillo, y la verdad es que tiene más desventajas que otra cosa. Una de ellas es que uno ya no puede hacer nunca más lo que le da la gana.

—¿Qué quiere decir, señor Crisler?

—Tu acto del otro día estuvo muy mal.

—Lo… lo comprendo, señor Crisler. Pero es que no podía vivir

sin «Valiente». Lo había buscado durante meses por todos los ranchos de la comarca. Y cuando lo encontré…

—No digas más, Jim. Lo comprendo. A mí también me vendieron mi caballo favorito cuando era un niño, y jamás he podido olvidarlo. Por eso te he traído éste, ¿sabes? Bueno, a cambio tendrás que jurarme que nunca más vas a robar nada.

—Se lo juro, señor Crisler.

Y el pequeño alzó un poco la mano derecha, como había visto que se hacía en los juicios.

—Entendido. Un juramento de hombre a hombre, ¿eh? Y ahora vas a hacerme un pequeño favor.

—Diga, señor Crisler.

—¿Está tu madre?

—Seguro que sí. El que no debía estar soy yo, porque a estas horas siempre me dan clases de piano en la ciudad. Un aburrimiento así de gordo. Pero al ver a «Valiente» he venido corriendo.

Crisler le acarició la cabeza suavemente.

—Es que quiero hablar con ella. Puedes llevarte el caballo si quieres, Jim.

Avanzó hacia la puerta poco a poco.

Se le había formado un extraño nudo en la garganta. Notaba alterada la respiración y no sabía por qué.

Empujó la hoja de madera sin llamar. Y en ese momento oyó la voz dulce y pastosa de Anna:

—¿Cómo te atreves a venir a estas horas, Claus, querido? ¿No sabes que es una imprudencia?

CAPÍTULO VI

Crisler entró lentamente. Sus facciones eran como un bloque de granito, tan inmutables estaban.

—Lo lamento —murmuró—. Ni soy Claus ni soy querido para usted. Sólo soy el capataz de Rancho Muller.

Anna estaba sentada en un diván que había casi enfrente de la puerta. Su actitud era más bien descuidada.

Tenía hermosas piernas, y ella lo sabía. Durante años había olvidado aquello, como si su juventud ya fuera una cosa lejana. Pero ahora se daba cuenta de que estaba en lo mejor de su edad y de que era intensamente deseada. Ello hizo que volviera a adquirir unos hábitos de coquetería que ya creía olvidados para siempre.

Al ver entrar a Crisler allí, quedó lívida.

Bruscamente se cubrió las piernas y quedó sentada en posición muy rígida, con la respiración anhelante.

Crisler cerró la puerta a su espalda.

—¿A qué ha venido aquí? —murmuró ella—. ¿Qué es lo que quiere y cómo se ha atrevido a…?

—Perdone. Hasta ahora no me he atrevido a nada.

—¿Pero qué quiere?

—No sé si le resultará muy molesto el que hable unos minutos con usted.

—No, no me molesta. Diga pronto lo que sea.

—No le soy simpático, ¿verdad?

—Ni pizca.

—Es justo que me pague con la misma moneda. Usted tampoco me es simpática a mí.

Y se sentó tranquilamente enfrente del diván, mientras sacaba su bolsa de tabaco.

Ella le miraba con los ojos entornados.
—¿Cómo se llama? No recuerdo su nombre.
—Crisler.
—Diga qué quiere.
—Dos cosas. Una de ellas es decirle que acabo de regalar a Jim el potro que un día fue suyo, es decir, «Valiente». No se extrañe si lo ve en su poder, y que tampoco se extrañe Claus.
El nombre hizo que Anna se envarase aún más. Con voz seca y dura preguntó:
—Y la otra cosa que quiere decirme, ¿cuál es?
—Se refiere a Claus.
—¿A usted qué le importa ese hombre?
Crisler lió tranquilamente un cigarrillo.
—No me importa mucho, la verdad; por mí, que se muera mañana. Pero, no sé por qué he tomado simpatía al pequeño, a Jim. Debe ser porque un niño que es capaz de cualquier cosa por un caballo me llega al alma. Y cualquier cosa que pueda sucederle me inquieta.
—¿Y por qué ha de sucederle algo?
—Se lo diré francamente. Me revienta que usted se haya embarcado en una aventura con Claus.
Ella palideció, mientras apretaba con furia las manos sobre su regazo.
—En primer lugar no hay nada entre Claus y yo —dijo sombríamente.
—Vamos, a mí no hace falta que me mienta. En esta tierra se sabe todo.
—Aunque lo hubiera —dijo Anna arrastrando las palabras—, a usted no le importaría.
—Según cómo se mire.
—¿Según cómo se mire? —retrucó ella, agresiva.
—Usted es la viuda de Clinton.
—Pues…, sí.
—Está fuera de toda duda que Claus lo asesinó.
—No lo asesinó. La gente dice muchas cosas que no sabe. Fue responsable de su muerte, eso sí, pero cualquier rural pudo haberlo sido. La vida que Clinton llevaba le obligaba a acabar de ese modo.
—Veo que justifica mucho a su… amigo.

—Yo hago lo que quiero. Y además a usted no le importa.

Crisler sonrió levemente, mientras se ponía en los labios el cigarrillo que acababa de liar.

—Verá, yo conocí a Clinton.

—¿Sí?

—Durante una temporada fui un pequeño ganadero. Quería prosperar, ¿sabe? ¡He hecho tantas cosas en la vida! Tenía pocas reses, pero todas sensacionales. Un día las llevaba a Abilene para venderlas y una estampida fortuita me las dispersó todas. Yo estaba enfermo y no podía seguirlas. Las daba por perdidas cuando apareció Clinton con un par de sus hombres. Las acorraló y me las trajo hasta el lugar donde yo yacía. No sólo no me robó nada, sino que sin él yo habría quedado arruinado para siempre. Desde entonces miré con simpatía a aquel hombre que era un cuatrero, pero no un cuatrero como los otros. Y fui de los que lamentaron su muerte.

Ella dijo con sarcasmo:

—Gracias por su pésame. Me lo da con un poco de retraso, pero vale igualmente.

—No se burle de mí Al fin y al cabo sólo pretendo decirle que Claus es un mal bicho; no sólo la perjudicará a usted, sino que perjudicará a Jim. Usted es una mujer bonita, joven y aún con la vida por delante. Puede casarse perfectamente y dar a Jim un padre digno. Créame; no estropee su vida.

Anna le había escuchado con atención, sin mover un músculo de su hermoso rostro.

Y ahora, al acabar él, le miró con mal disimulada expresión de burla.

—¿Quién es usted, señor Crisler? ¿Un predicador?

—Sólo soy el capataz de un rancho. Entiendo de vacas y de revólveres, pero no de palabras bonitas.

—Pues más bien parece todo lo contrario. Y ahora deje que sea yo la que hable, señor Crisler. Deje que le diga lo que llevo dentro. Lo único que le ocurre es que usted tiene rabia porque Claus es mucho más hombre. Porque en plena juventud es ya coronel de rurales y porque le dio una paliza que por poco lo mata. Eso es lo que usted no traga. Y como no sirve ni para tumbarle a él ni para conquistarme a mí, hace lo mismo que todos los hombres pequeños;

murmurar. Procurar hacer cosquillas en los pies de los que son más grandes que usted, a ver si resbalan.

Hizo una mueca despectiva y se puso en pie, como dando por terminada la entrevista.

Crisler también se había puesto en pie.

Sus facciones estaban lívidas. Nunca le habían dicho aquello, y más con una expresión tan tensa, tan humillante, de desprecio.

No se dio cuenta de lo que hacía. Tomó a la mujer por los hombros y fue a zarandearla brutalmente.

Ella gimió:

—¡Déjeme!

Crisler no la dejó. Por el contrario, la atrajo hacia sí, con ánimo de enviarla de un empellón al otro lado de la pieza.

Fue en ese momento cuando se abrió la puerta.

—Señorita Anna… —dijo una graciosa voz.

Marta, la maestra, se detuvo de pronto en el umbral, con la boca abierta a causa del asombro.

Si uno ignoraba lo sucedido antes, la postura en que ahora se encontraban Anna y Crisler podía prestarse a una interpretación muy distinta. Por un lado, la mujer Intentando apartarse, y por otro el hombre tratando de atraerla hacia sí. Cualquiera hubiese dicho que lo que quería Crisler era besarla.

Y eso fue lo que pensó Marta, mientras sus facciones se cubrían de un brusco rubor causado por la indignación.

Crisler soltó a Anna.

—¿Qué quiere usted? —preguntó bruscamente, mirando hacia la puerta.

—Quería una cosa, pero ahora quiero otra —dijo Marta—. Quiero decirle que es usted lo más miserable que he visto.

—¿A qué viene eso?

—¿Ha regalado el caballo al hijo para conquistar a la madre?

—Oiga, no le consiento que…

—Usted ni consiente ni deja de consentir nada. Usted es solamente un miserable, amigo Crisler. Y si cree que puede hacer algo con Anna, le advierto que va equivocado. ¡Ni con Anna ni conmigo!

La voz de la joven maestra había sido agresiva, ronca.

Y en aquel momento se oyó una voz más dura detrás de ella.

—¿Quién trata de hacer algo con Anna? —preguntó aquella voz.

Crisler se envaró.

«Vaya… —se dijo para sí mismo—. Es el único que faltaba en este momento…».

Claus entró poco a poco en la estancia.

Venía pálido y alterado. Se notaba que antes de llegar allí ya estaba nervioso por otras causas.

Miró a Crisler con ojos sanguinolentos.

—¿Qué hace aquí?

—Ya ve. De visita…

—¿De visita a Anna?

—He venido a regalar un caballo a su hijo.

—Y, por lo que veo, a algo más.

Claus había avanzado hasta el centro de la habitación. Allí midió a Crisler con la mirada, de pies a cabeza, acentuando su desprecio.

—Debería matarle, capataz de la basura —dijo sordamente—. Y creo que es eso lo que voy a hacer.

Claus sonrió secamente.

—¿De veras?

—He matado a otros…

—Debían ser mancos.

—Aún gallea, ¿no?

—Verá… Cuando uno tiene el vicio de ser impertinente, como yo, lo es hasta que le matan. De modo que dese prisa.

—Quiere que lo mate de un soplo, ¿no?

—Y que no me haga sufrir.

Claus no lo pensó más.

Diríase que aquel loco le desafiaba y eso no podía consentirlo él, delante de dos mujeres. De modo que si Crisler quería que lo enviase al otro barrio…, ¡peor para él!

Sacó el revólver con velocidad centelleante, mientras lanzaba una especie de gruñido.

El gruñido se transformó en un grito. Fue un grito de sorpresa y de dolor al mismo tiempo.

Había sonado un solo disparo, y una única bala saltó al aire. Esa bala la recibió él.

No sufrió un solo rasguño, pues el plomo fue depositado en su lugar con precisión de relojero. Alcanzó el revólver de Claus y lo

partió en dos, sin causar la menor herida a su dueño. Pero el rural no pudo impedir que su mano derecha fuera recorrida por un calambre que luego se transmitió a todo el cuerpo.

Crisler dejó caer otra vez el revólver en la funda, mientras entornaba los párpados.

—Olvidé decirle que fui maestro de tiro durante algunos años —susurró—, y aún no he olvidado lo que enseñaba a mis alumnos.

Claus estaba lívido.

Nunca había sufrido una humillación como aquélla, pero le envalentonó pensar que Crisler no quería matarle. Y que seguramente se «arrugaría» en cuanto sufriera unos cuantos golpes.

La otra vez le había tumbado con cierta facilidad. ¿Por qué no podía hacer lo mismo ahora?

Apretó los puños.

—Vas a pagar esto —masculló.

—Lo estoy deseando, amigo.

Claus se lanzó como un loco. El solo pensamiento de que dos mujeres le estaban viendo le enardeció aún más. De ningún modo quedaría ante ellas en ridículo. Hizo una hábil finta con el cuerpo antes de golpear, y la verdad fue que tuvo éxito. Logró desorientar a Crisler, que esperaba el ataque por otro lado.

El capataz recibió el golpe en el plexo solar. Fue tan fuerte que vaciló.

Claus levantó entonces su brazo izquierdo, con la velocidad de una catapulta.

Alcanzó de lleno el mentón de Crisler. Éste fue levantado del suelo, cayó hacia atrás, chocó con la espalda contra una mesa y la derribó aparatosamente, mientras Anna gritaba de entusiasmo:

—¡Dale, Claus! ¡Dale fuerte!

Claus emitió una risita.

Su enemigo aún no le había ni rozado.

—Quieres recibir como la otra vez... —dijo—. Pero te advierto que ahora te voy a dejar sin huesos.

Crisler se había ido poniendo en pie.

Parecía mareado, y se llevaba la izquierda a la mandíbula dolorida.

Claus se lanzó al ataque de nuevo, buscando castigar el hígado de su adversario. Si lo «ablandaba» de aquel modo, luego le podría

colocar otros buenos golpes. Romperle las costillas, cuando lo tuviera a su merced, no iba a ser difícil…

De pronto tropezó con aquel puño. No supo de dónde venía ni de dónde había salido.

El impacto pareció hacer estallar su cabeza. Sintió que volaba. Su espalda chocó contra una pared y descolgó el cuadro que estaba adornándola.

Notó que la sangre brotaba de sus labios, pero Claus intentó no desalentarse.

«Ha sido un golpe de suerte», pensó.

—Quieres que la cosa se alargue, ¿eh? —Gruñó.

Crisler no contestó nada. Se limitó a sonreírle de una forma extraña, que hubiera helado la sangre en las venas a cualquiera.

Avanzó poco a poco, bordeándole. Parecía esquivar el choque frontal, buscando los puntos flacos de su enemigo. Éste se lanzó de nuevo al ataque, furiosamente.

Crisler movió los puños.

Fueron dos impactos alucinantes, terribles, que hubieran destrozado la cabeza de cualquiera. Y poco faltó para que, en efecto, al orgulloso coronel de los rurales se le rompiese el cuello. Gimió entrecortadamente, mientras se le doblaban las rodillas.

Cayó a tierra ante Crisler, mientras Anna se llevaba la mano a la boca con un gesto de decepción y de asombro.

Crisler masculló:

—Vamos… Ponte en pie, valiente.

Claus lo veía todo borroso. Caso de tener revólver lo hubiera usado, pero no podía. Al contrario, era el otro el que estaba armado y podía despacharle de dos balazos si le venía en gana.

—El revólver te da confianza —murmuró—. No lucharías conmigo si no lo llevaras.

Crisler se encogió de hombros.

—Caramba, si es por eso…

Y lo sacó de la funda. Fue ese momento de distracción el que aprovechó Claus, que estaba postrado ante él.

Golpeó rápidamente detrás de las rodillas de Crisler, haciéndole perder el equilibrio. Sorprendido, el capataz cayó hacia atrás.

Claus aprovechó el momento. Sin perder un segundo, saltó hacia el revólver que el otro había tenido que soltar.

Logró sujetarlo con sus dedos nerviosos, mientras se disponía a lanzar un grito de triunfo. Pero Crisler, desde el suelo, movió su brazo derecho.

El impacto alcanzó de lleno a Claus, cruzándole la cara. Lanzó un aullido porque una de sus cejas acababa de saltar, llenándole las facciones de sangre. El «Colt» resbaló de entre sus dedos, demasiado nerviosos para sujetarlo bien.

Dos manos de gigante lo sujetaron por la camisa. Crisler lo ponía en pie.

—Así, muñequita —dijo—. Así… Y espero que no te me derritas a la primera torta…

Claus no sabía bien lo que le sucedía. Había momentos en que tenía la sensación de volar en el aire.

Y entonces empezó lo terrible para él. Entonces empezó el castigo implacable, sin piedad, a que le sometió Crisler.

Éste masculló:

—Yo te enseñaré cómo se deshace a un hombre.

Le machacó científicamente, sin dejar un solo centímetro de piel por triturar. Apoyando al rural en unas paredes y otras para que no se le cayera —pues a cada impacto lo enviaba de un lado a otro de la habitación—, le dejó sin labios y sin lo que aún quedaba de sus cejas. Luego le golpeó en los flancos hasta hundirle las costillas. Estaba decidido a matarlo y no quería ceder. A Crisler le daba tanto asco aquel tipo que ni por un momento se le ocurrió tener un asomo de piedad con él. Claus gemía, aullaba, pedía perdón, se arrastraba como un gusano. Pero cada nuevo golpe le hacía incorporarse otra vez y le dejaba en carne viva otra zona de su cuerpo, haciendo que éste se convirtiera en un torrente de sangre.

Anna lloraba silenciosamente.

No se atrevía a intervenir. Estaba tan horrorizada que hasta sus piernas se negaban a sostenerla. Había caído a tierra.

Crisler se preparó para uno de sus golpes definitivos. Fue a mover el puño izquierdo, a fin de hacer estallar el hígado de su contrario.

Y en ese momento un cuerpo se interpuso entre él y el de Claus. Dos manos pequeñas, pero enérgicas, aferraron su puño gigantesco.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Bastaaa!

Marta chillaba como una histérica. Le miró con los ojos

desencajados. Y casi se colgó de su cuello para no dejarle moverse y para que no pudiera pegar más a Claus.

—¡Ya es suficiente! —gimió—. ¡Maldito asesino! ¡Salvaje!

Crisler hundió la cabeza, abrumado.

Era la primera vez que le llamaban asesino. Había matado a varios hombres, pero siempre fue de otro modo. Asesino… La palabra pareció temblar en su cráneo, incrustarse en él. Y lo peor era que no le faltaba razón a Marta.

El había querido destrozar a un hombre con sus puños, reducirlo a pulpa.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, mientras respiraba entrecortadamente.

—Si llaman al médico ahora aún lograrán que se recupere —murmuró—. No le he hecho nada irremediable aún. La «fiesta» empezaba ahora…

Dio media vuelta y salió poco a poco de allí, tras recuperar su revólver.

No oyó el gemido patético de Anna. Ni captó la última, la furiosa mirada que le dirigía Marta.

Sólo vio, a lo lejos, al salir de la casa, a Jim que montaba sobre «Valiente». Y lo hacía bien.

Pese a su expresión apenada, Crisler logró que una sonrisa asomara a su rostro poco a poco.

CAPÍTULO VII

Anna entró silenciosamente en la habitación.

Claus respiraba con cierta dificultad. Estaba tendido en el lecho, tapado hasta el cuello. Era el propio lecho de la mujer, que por otra parte él ya conocía, y además en distintas circunstancias.

La hermosa mujer se detuvo y le miró.

Claus había abierto los ojos. La miraba ahora, mientras a sus labios asomaba un gesto de dolor.

—Te molesta mucho, ¿verdad?

—¿Qué… tengo en el pecho? —gimió Claus.

—El médico te ha puesto un vendaje duro.

—¿Ha estado el médico aquí? ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Habías perdido el conocimiento.

Claus miró lentamente en torno suyo, como si no supiera bien dónde estaba. Y de pronto cerró los ojos.

—¿Qué ha dicho el médico? —balbució.

—Tienes contusiones en todo el cuerpo, las cejas arrancadas y una fisura en la mandíbula. Pero lo peor son las dos costillas hundidas.

—¿Grave?

—No. Por fortuna le llamamos a tiempo… Lo que ocurre es que deberás soportar los vendajes unos días.

Claus mascculló entre dientes:

—Aquel maldito perro…

Pero notó en seguida que Anna pensaba en otra cosa.

—¿Qué te ocurre? —murmuró.

—El médico ha pedido que te desnudara. Y tenías las ropas muy manchadas de sangre.

—Bueno, ¿y qué?

—He aprovechado para limpiarlas.

—Sigo sin entenderte, Anna.

—Es que en uno de los bolsillos tenías… esto.

Y mostró un papel doblado. El no necesitó mirarlo para saber de qué se trataba.

—Ah, sí… —dijo lentamente—. Lo he recibido hace poco. Viene directamente de Washington.

—Ya lo he visto. Y he visto también que se te destituye provisionalmente y se te va a someter a un consejo de disciplina que puede costarte el cargo. ¿Por qué?

El esquivó la mirada inquieta de la mujer.

—Esos imbéciles de la Casa Blanca no saben lo que es Texas… —murmuró—. Creen que aquí se puede obrar con legalidad, tratando a los sospechosos como si fueran hijos del gobernador del estado. No entienden que la mejor medicina es la soga… para cualquiera.

—¿Para… cualquiera? —susurró ella.

—En virtud de mis nuevas órdenes, los cuatreros deben ser ejecutados allí donde se les capture.

—Pero eso sólo se aplica… a los asesinos y a los que son sorprendidos violando a una mujer. ¿Por qué a los cuatreros también?

—Son criminales.

—¿Pero y si no hay pruebas absolutas?

Claus hizo un gesto indiferente.

—Ya sé que unas reses o unos caballos no se puede decir exactamente cuándo han sido robados, y que hace falta reunir algunas pruebas más. ¿Pero a qué perder tiempo? En cuanto los rurales ahorcan a unos cuantos, ya nadie se arriesga. Todo queda más quieto que una balsa. Claro que es posible algún error, pero…

Dejó la continuación de la frase en el aire, como si aquello ya no tuviera importancia.

Anna preguntó con un soplo de voz:

—Y ese error lo cometisteis, ¿verdad?

—Bueno… Mis hombres ahorcaron a un inocente, y eso se supo en la Casa Blanca. Parece que van a aplicar mano dura. Los oficinistas imbéciles de Washington quieren vengarse de los hombres decididos como yo.

Anna le miraba fijamente, y Claus se dijo que la hermosa mujer le estaba contemplando con odio.

Pero, no. Era todo lo contrario.

Anna no podía evitar sentir como si fuera suya la angustia de aquel hombre a punto de ser derrotado.

—¿Te das cuenta —musitó— de que podrías llegar a ser un don nadie?

—¡Odio esa palabra!

—¿Qué harás si te destituyen?

—¡Eso no ocurrirá!

—Pero imaginémoslo…

—En ese caso haría algo. No sé bien qué, pero algo. No me resigno a pasar por la vida como un cualquiera.

Notó que se dulcificaba la mirada de la mujer. Anna necesitaba cariño, no podía evitarlo. Y entonces la expresión de Claus se hizo también más humana.

—Haga lo que haga —susurró—, tú vendrás conmigo. Ya no te abandonaré nunca.

Anna se acercó a él, arrodillándose junto al lecho.

—No quiero separarme de ti… —susurró con un soplo de voz—. No quiero…

Claus lamentó no poder besarla.

Y es que aquel maldito de Crisler, la verdad, le había deshecho la boca.

* * *

Winter tenía un nombre bastante sonoro y bonito, pero en cambio su expresión era hosca y peligrosa.

Durante años había «trabajado» en el sur de Texas, siempre a caballo de la frontera de México. Era seguramente el cuatrero más listo con el que los rurales se habían tenido que enfrentar jamás. En cuanto husmeaba el menor peligro —y siempre lo husmeaba a tiempo— pasaba la frontera con el producto de sus rapiñas y ya no era posible perseguirle allí.

Por eso causó tanta sorpresa que de repente se presentara nada menos que en Dallas. Pero sólo se sorprendieron los que pudieron verle, que fueron muy pocos.

Winter acampó con dos de sus hombres fuera de la ciudad, y

entró sólo en ella sobre las doce de la noche. Entonces la animación ya había decrecido mucho, y bastantes calles estaban mal iluminadas. Sin llamar la atención se dirigió a un establecimiento hotelero de mediana categoría. Estaba al final de Main Street y sobre su puerta campeaba un rótulo presuntuoso:

Champion's

Hotel.

Winter entró. El portero de noche le miró con sorpresa.

—¿Qué desea, señor?

—Ver a un amigo.

—¿A estas horas?

Winter tendió un brazo por encima del mostrador, sujetó al empleado con su manaza derecha y lo levantó del suelo sin esfuerzo aparente alguno.

—Mañana repase su memoria —masculló—. A lo mejor me recuerda.

El empleado no se atrevía ni a respirar.

La verdad era que le había reconocido ya.

Por eso se estuvo quieto, muy quieto, mientras el cuatrero le soltaba lentamente.

Winter subió a una habitación que ya conocía porque se la había señalado uno de sus hombres, encargado de proporcionarle la información necesaria. Golpeó con los nudillos.

—Adelante; está abierto.

Winter empujó la puerta. Había reconocido la voz.

Dentro de la habitación y ya metido en cama —pues desde un tiempo a aquella parte se acostaba temprano—. Claus masculló:

—¿Quién infiernos viene a estas horas?

De pronto quedó pasmado, con la boca abierta.

—Winter… —farfulló—. ¿Cómo es posible?

Rechinó los dientes.

—¿Cómo te atreves a…?

Y fue a sujetar el revólver que tenía debajo de la almohada, pero el cuatrero le detuvo con un ademán, mientras una estrecha sonrisa flotaba en sus labios.

—No se excite, Claus —murmuró—. Usted y yo tenemos que hablar largo y tendido. Escúcheme con calma, con mucha calma…

* * *

Joe Muller, el dueño del renombrado rancho Muller, encendió su pipa y luego miró a Crisler.

—Ya sabe la verdad, muchacho —susurró.

Crisler asintió con una cabezada.

—Pues lo siento, señor Muller. Pero por mi parte no se preocupe; no cobraré hasta que hayamos vendido las reses.

—No quiero consentir eso —dijo el ranchero—. Todos ustedes cobrarán puntualmente. Pero es necesario que esas reses lleguen a su destino y se vendan, porque de lo contrario no sé si podré pagarles el mes próximo.

Crisler volvió a hacer un signo afirmativo.

—Confíe en mí, señor Muller.

—En usted deposito toda mi fe. No le acompaño porque ya soy demasiado viejo y desgraciadamente no tengo hijos que lo hagan por mí. Pero no dejaré de pensar en ustedes hasta que regresen. Si les ocurriera algo…

—Me doy cuenta de que sería un desastre, señor Muller.

—No quiero ni pensarlo.

Crisler trató de reír animosamente.

—En efecto, no lo piense. Dé esas reses por vendidas y el dinero por cobrado. ¿He fallado alguna vez?

—Nunca.

—Pues tampoco fallaré ahora.

Recogió el dinero necesario para el viaje y el plano en que se le marcaba la ruta aproximada, y se despidió de su patrón con un fuerte apretón de manos.

Cuando llegó a las cuadras, los cinco hombres que iba a llevar ya estaban listos. Mientras le esperaban, se entretenían repasando sus rifles.

—Hola, Crisler. ¿Vamos a salir en seguida?

Dentro de cinco minutos.

Talbot, el vaquero más antiguo, se acercó a él.

—Mala cosa, ¿no?

—Hum… Es una conducción como las otras. Pero lo que ocurre es que en ella va todo el dinero del patrón.

—Ya se lo dije yo —murmuró Talbot—. Lo de los caballos fue buen negocio mientras duró. ¡Menuda manía había atrapado el

viejo con eso de entrenarlos para el ejército! Descuidaba el ganado de carne, y de pronto se encontró con que el ejército no quería comprarle más. ¿Qué va a hacer con tantos caballos ahora?

—Supongo que conservarlos. A su manera los quiere.

—Pero fue una equivocación.

—No tanto —explicó Crisler—. El viejo ya tenía la venta apalabrada, y el negocio hubiera sido bueno. Pero de pronto llegó la contraorden, y los militares no compraron más caballos porque disuelven varias unidades de las que luchaban contra los indios. Ha sido lo que se llama un golpe de la mala suerte, pero todo se resolverá. Llevamos reses para obtener una bonita suma. Con ese dinero se puede pagar a todos, guardar algo y comprar nuevos sementales para recría. Antes este rancho era muy renombrado por sus reses de carne, y volverá a serlo.

Acarició el cuello de su caballo, que acababan de traerle, y montó en él.

—¿Lleváis las provisiones?

—Todo, Crisler. Y los rifles a punto.

—Pues vamos.

Hizo la señal, y los cinco hombres le siguieron. Más allá estaban las reses, inquietas, presintiendo el viaje y levantando una enorme cantidad de polvo en los apartaderos. Las fueron sacando, ayudados por los vaqueros que quedaban en el rancho, hasta formar una conducción ordenada.

Crisler se dio cuenta de que eran pocos.

Hacían falta más hombres para una conducción de tanta importancia, pero Muller necesitaba a los demás en el rancho, y por otra parte no había querido alquilar eventuales ya que muchas veces éstos eran cómplices de los cuatreros.

«Espero que no ocurra nada…», se dijo Crisler, mientras miraba hacia atrás y veía la larga hilera de las reses, muy descuidada en los flancos.

No quería pensar en lo terrible que sería para todos si aquella conducción se perdiese.

Pero la suerte pareció acompañarles. Durante dos días tuvieron buen tiempo y tranquilidad absoluta.

Nada sucedió.

* * *

Fue en la noche que siguió al segundo día cuando Crisler tuvo la primera sorpresa.

Como de costumbre, había distribuido los puestos de guardia, que a causa de la escasez de sus efectivos eran sólo dos. Y él iba con frecuencia de un lado a otro, para investigarlo todo.

Ahora iba al puesto de Talbot, que estaba bastante alejado de las reses, vigilando el camino que llevaba hasta allí.

—Eh… —cuchicheó, cuando estaba a poca distancia—. ¿Todo bien, muchacho?

Nadie le contestó.

Pensó que lo que quería Talbot era gastarle una broma, como había hecho otras veces, encañonándole por la espalda.

—Bueno, muchacho, ahora estamos trabajando… —susurró—. Deja eso para otro día…

Pero siguió el silencio.

Sorprendido, Crisler saltó hacia la roca que debía haber servido de parapeto a su compañero, y en efecto lo vio allí.

Pero Talbot estaba quieto. Demasiado quieto.

El capataz estuvo a punto de lanzar un grito cuando vio que alguien le había segado el cuello de parte a parte, tras apresarle por la espalda. La mortal herida debió ser producida al menos media hora antes, porque ya había dejado de manar sangre.

Crisler sacó instintivamente el revólver. Su cuerpo giró como un rayo, pensando que también iban a atacarle a él.

Pero no había nadie allí. En el lugar reinaba un espantoso silencio, no roto siquiera por el susurro del viento.

La sensación de soledad fue agobiante para Crisler, pese a estar habituado a ella. No dudaba de que el peligro estaba ahora lejos, pero volvería a acercarse otra vez.

Era como si una extraña sensación de muerte llenase la noche entera.

Pero había algo más concreto, algo que preocupó desde el primer momento a Crisler; la técnica de aquella cuchillada. ¿Quién daba el tajo con tanta precisión y profundidad? ¿Dónde había visto antes él un hombre muerto de aquella manera?

* * *

Sólo con cuatro hombres para ayudarle, la conducción se iba haciendo más y más difícil. Bastaba que un novillo se desmandara para que a Crisler se le secara la boca. Sabía que si una punta de reses se perdía, no tendría efectivos para ir a buscarla.

Además, debía reforzar las guardias.

Quienquiera que hubiese matado a Talbot no lo había hecho para distraerse. Buscaba el modo de asestar un nuevo golpe y lo haría con toda seguridad. No había duda de que les estaban siguiendo.

Pero pese a sus conocimientos del terreno y a sus continuas observaciones, Crisler no lograba ver a nadie. Colinas delante y colmas a su espalda. Los caballos no venteaban a ninguna hembra. A veces volvía sobre sus pasos y buscaba rastros, pero sin encontrar nada. Por las noches investigaba sin descanso, pero jamás vio en las tinieblas ni el resplandor de una lejana hoguera.

El que les seguía conocía el oficio por lo menos tan bien como él. No habría modo de atraparlo.

Crisler empezó a prepararse, pues, para un ataque en masa, dando por descontado que les asaltarían por sorpresa y tratarían de llevarse todo el ganado.

Pero también aquí fallaron sus cálculos. Sus enemigos tenían una táctica que no comprendía.

Era como si quisieran divertirse con él, ir acorralándolo antes de lanzar el decisivo ataque.

Dos noches después de la muerte de Talbot murió Cliss.

Cliss era un vaquero ya veterano, que pensaba dejar aquella vida pronto. Solía decir que aquél era su último viaje.

Y lo fue.

Crisler lo encontró como había encontrado a Talbot; degollado por la espalda. Sólo que, en este caso, Cliss yacía junto a un riachuelo, cuya agua se mezclaba con su sangre. No debía hacer mucho que lo asesinaron cuando el capataz lo encontró, porque su rostro aún estaba crispado con un gesto de dolor, y seguía desangrándose.

Loco de ira, el capataz lanzó una salvaje imprecación.

Miró en torno suyo, buscando huellas de los asesinos, pero no encontró nada. Si la vez anterior se habían deslizado por las rocas,

sin dejar rastro, ahora debían haber negado a través del agua. No había ni una huella.

La soledad seguía siendo absoluta en torno a Crisler. Éste sintió una rabiosa impotencia.

Aquellos cuatreros no eran como los otros. Convertidos en vampiros, atacaban por la noche y se esfumaban al salir el sol. Querían obrar sobre seguro y dejarle sin efectivos antes del ataque, para que no pudieran resistir.

Crisler se pasó una mano por la frente sudorosa. Sólo tenía a tres hombres.

Se preguntaba cómo diablo iba a poder aguantar cuando les atacasen. Incluso el solo hecho de conducir las reses normalmente era ya un milagro en aquellas condiciones.

—¡Clive! —llamó—. ¡John! ¡Bart!

Sus vaqueros acudieron. Todos quedaron lívidos al ver el cadáver de Cliss.

—Pero ¿qué significa esto?

—Ya lo veis; nos van asesinando uno a uno.

—¿Quién?

Crisler cerró un momento los ojos.

—Daría muchos años de mi vida por saberlo —susurró.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Vamos a estar así hasta que no quede nadie para contarlo?

—¿Preguntáis qué voy a hacer? —susurró Crisler, hablando con completa sinceridad—. Eso es lo más terrible. Os confieso que no lo sé.

—Volvamos atrás.

Crisler hizo un gesto negativo.

—No, eso es lo único que no podemos hacer.

—¿Por qué?

—Por dos razones, una tan importante como la otra. La primera, que esas reses significan nuestro sueldo y nuestro trabajo; si no consigo venderlas, el patrón se arruinará y nosotros nos veremos en la calle. No me importaría que eso le sucediese a otro ranchero, entre tantos cerdos como hay por ahí, pero Muller es demasiado buena persona para que no hagamos lo que sea por él. La otra razón es igualmente grave. Si volvemos atrás nos atacarán igualmente. Precisamente acabamos de pasar la peor zona, y no estoy dispuesto

a meterme en ella de nuevo.

Los vaqueros accedieron a regañadientes.

—Bien… Seguiremos porque no queda otro remedio.

—Pero nadie nos ha enviado a morir, Crisler, Si hay otro fiambre, puede que cambiemos de opinión.

Crisler lo sabía.

Estaba convencido de que las cosas se pondrían insostenibles si alguien más moría, y por eso redobló la vigilancia.

Prácticamente no durmió en dos noches seguidas. Hasta que a la tercera ocurrió lo inevitable.

Esta vez el que murió fue John.

John había ocupado un puesto de guardia muy cercano al campamento, y al parecer era el que menos peligro corría. Pero cuando Crisler oyó aquel gemido en la noche, se dio cuenta de que ya era tarde para evitar el nuevo desastre.

Corrió hacia el lugar donde estaba John. Éste aún se debatía, gimiendo dolorosamente.

Esta vez la táctica había sido distinta, pero también silenciosa. Sencillamente, a John le habían disparado una flecha desde poca distancia, alcanzándole de lleno en el corazón. El que alguien hubiera podido acercarse tanto sin ser oído, indicaba hasta qué punto los asesinos poseían una organización y una técnica.

Crisler rompió hábilmente la caña de la flecha, para así poder extraer la punta con más facilidad. Mientras tanto, intentaba alentar a su compañero.

—No te preocupes, John. Es sólo un rasguño. He extraído muchas puntas de flechas, de modo que ésta la extraeré también.

Contuvo la respiración en el momento de romper la caña.

—No te dolerá nada, ya verás…

De pronto se dio cuenta de que hablaba a un muerto. La flecha había sido tan certera que John no pudo sobrevivir. Colgaba de sus manos como una cosa inerte, pareciendo mirar hacia el cielo con los ojos todavía abiertos.

Crisler masculló:

—Asesinos… Malditos hijos de zorra…

Pero ya era inútil lamentarse; tan inútil como ponerse a lanzar alaridos bajo las estrellas. Crisler miró en torno suyo al oír unos pasos que se acercaban rápidamente.

Eran sus dos únicos vaqueros. Los dos habían oído el grito, y quedaron como petrificados al ver el cadáver de John.

Clive y Bart se miraron y parecieron tener el mismo pensamiento.

—Estamos perdidos —masculló Bart—. Hay que largarse en seguida de aquí.

—No perdamos ni un minuto.

Crisler masculló:

—¡No podéis hacer eso! ¡Tenéis un contrato!

—Ningún contrato nos obliga a morir.

—¡Ya sólo faltan dos días de camino! ¡Estamos como quien dice al final de la aventura!

—Dos días… Y también dos noches. Justo lo que hace falta para liquidar a dos tipos como nosotros. Nada, Crisler, ni hablar de eso, Piense lo que quiera, pero nosotros nos largamos.

Crisler hundid la cabeza sobre el pecho.

Nunca se había sentido tan solo, tan perdido como entonces. Y lo peor era que no podía reprochar nada a sus hombres, porque, en efecto, no tenía el derecho de exigirles morir.

Clive fue el único que se despidió de él.

—Adiós, Crisler. Espero que nos veamos en alguna otra parte, y ojalá no sea en el infierno.

El capataz tuvo que enterrar con sus propias manos a John, sin ayuda de nadie. El alba le sorprendió en aquella siniestra y a la vez caritativa tarea.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que todo estaba a punto de terminar.

Fue entonces cuando distinguió, a través del sudor que resbalaba desde sus pestañas, las siluetas de aquellos jinetes que se acercaban lentamente.

CAPÍTULO VIII

Estaban seguros de ser los más fuertes, y por eso tomaban pocas precauciones. Crisler vio que eran cinco. Avanzaban casi al paso y tenían el sol de cara. Es decir, el astro que acababa de nacer quedaba a espaldas del capataz.

Éste terminaba justo en aquel momento de profundizar la fosa. No había enterrado aún en ella el cadáver de John.

Con gesto de hombre que conoce ya cuál es su destino, dejó caer la pala y tomó el rifle que tenía junto a la fosa.

Los cinco jinetes seguían avanzando. Se movían con tal seguridad que daban la sensación de ser cinco verdugos, seguros de que tenían la partida ganada.

¿Pero por qué tenían el sol de cara? ¿Podían verle bien en aquellas condiciones?

Era algo incomprensible, porque igualmente pudieron haberle atacado por el otro lado.

Y de pronto, Crisler lo entendió todo. Aquellos cinco tipos eran una pantalla de humo, tenían por misión hacer que se fijase en ellos. El verdadero peligro estaba detrás.

Se volvió bruscamente, mientras lanzaba un rugido y preparaba su rifle.

El tipo que había de balearle por la espalda se había puesto incluso en pie para apuntar mejor. Y ése sí que tenía el sol de espalda, de modo que podía obrar perfectamente.

Crisler, en cambio, recibía los rayos en los ojos, pero no vaciló un segundo.

Fue un juego de rapidez. El traidor se sobresaltó un momento al ver que había sido descubierto. Tuvo una leve vacilación y eso le perdió.

El disparo retumbó sordamente en la calma de la mañana. El forajido se llevó aullando las manos a la cara, que acababa de ser destrozada por el balazo.

Crisler se volvió hacia el otro lado en fracciones de segundo.

Daba por descontado que ya no había nadie más a su espalda. Ahora tenía que ocuparse de los cinco jinetes.

Éstos se habían visto sorprendidos también por la veloz reacción de Crisler. La maniobra, que tan fácil les había parecido, acababa de fallar.

El capataz oyó, como un lejano trueno, los mugidos cada vez más insistentes de las reses. Comprendió que hacía falta ya muy poca cosa para que se produjera una estampida, y en ese caso todo estaría perdido.

Pero ahora ya no podía ocuparse más que de defender su propia piel. Hundiéndose en la fosa como si ésta fuera una trinchera, protegiéndose en parte en el cuerpo del propio John, hizo fuego dos veces en rápida sucesión.

Uno de los jinetes se llevó las manos al pecho, mientras lanzaba un espantoso alarido. El segundo disparo falló.

Sus enemigos se dispersaron, poniendo pie a tierra y estableciendo un verdadero cerco en torno a la tumba.

Crisler lanzó una imprecación. Las balas estaban picoteando el cadáver de John, lo que indicaba la buena puntería de sus enemigos. Pronto la afinaron aún más, y él tuvo que ocultarse en una tumba que muy bien puniera ser la suya.

Mientras tanto, aumentaba el mugido de las reses y se oían gritos en las cercanías.

Lo comprendió todo. Mientras él estaba inmovilizado, había otros cuatreros que se llevaban el ganado. La situación no podía ser peor.

Crisler guardó silencio, no respondiendo a los disparos. Le convenía esperar a que sus enemigos, creyéndole alcanzado, se desplegasen un poco.

Miraba por entre las piernas ligeramente separadas del cadáver de John. Y de pronto vio cómo uno de los cuatreros se ponía en pie y corría inclinado para tomar posiciones en el flanco de su izquierda.

Crisler hizo un solo disparo. Vio al hombre encogerse, llevarse

las manos al vientre y caer de bruces.

Ya sólo le quedaban tres, sin contar los que estaban arreando a las reses.

No podría evitar el robo del ganado, pero al menos dejaría listos a aquellos granujas. Lo haría aun sabiendo que éste iba a ser el último trabajo de su vida.

Vio el ganado desfilar a poca distancia, detrás de sus enemigos. Eran cuatro hombres los que lo arreaban, y tenían bastante trabajo, pero por la soltura de sus movimientos se adivinaba que eran cuatreros profesionales.

Podía intentar cazar a alguno de ellos con su rifle, pero se expondría demasiado asomando la cabeza. Y además tampoco valía la pena.

Sus enemigos seguían enviándole una verdadera granizada. El cuerpo del pobre John ya estaba materialmente acribillado, lo cual ponía nervioso a Crisler, aunque el otro ya no lo sintiera.

Aguardaba con los ojos y los oídos bien atentos. Apenas podía ver nada, pero contaba con una ventaja. Frente a él había una zona de gravilla y pequeñas piedras. Cualquiera que avanzase tenía que producir ruido, el cual llegaría a oír en los breves intervalos entre disparos.

De pronto captó aquel susurro.

Era a su derecha. Todos sus músculos se movieron con implacable precisión. Sacó ligerísimamente el cuerpo. ¡Fuego!

El cuatrero se dobló, alcanzado en mitad del pecho. Había avanzado con excesiva confianza y eso le costó la vida. Crisler se mordió el labio inferior.

Muy bien. Estaba haciendo pagar caros a aquellos buitres los crímenes cometidos.

De pronto los disparos cesaron. El joven capataz alzó la cabeza con precaución, por si era una trampa.

Pero no lo era. Los dos supervivientes se estaban retirando. Intranquilos ante la puntería de Crisler, no querían seguir tentando la suerte por más tiempo.

Uno de ellos se volvió un momento, sólo un momento.

Crisler tiró a dar, y el otro se arrojó a tierra. Esta vez falló, porque la bala sólo había averiguado bastante, en los contados segundos en que le vio la cara. El tipo que acababa de huir era nada

menos que Winter.

Se dejó caer en el fondo de la fosa.

No podía haberle ocurrido nada peor. Winter era el cuatrero más implacable y más listo que existía en Texas. Dejaba muy atrás a Clinton, que hasta su muerte estuvo considerado como una especie de maestro en el difícil arte de birlar reses sin que sus dueños se dieran cuenta.

Pero así como Clinton nunca fue sanguinario, Winter lo era. No cabía duda de que, aunque ahora se retirase, volvería para vengar a sus muertos.

Durante unos minutos, Crisler rumió su derrota, porque aquello lo era. De nada le servía haber matado a unos cuatreros. La verdad era que él había perdido a sus hombres y a todas sus reses.

Cuando el silencio le envolvió de nuevo, recogió todos los cadáveres y les dio sepultura en la fosa que había abierto para John. Luego fue a inspeccionar el lugar donde las reses habían pasado la noche.

Ahora sí que había huellas por todas partes.

Los cuatreros no intentaron ocultarse en el momento de dar aquel golpe sobre seguro. Se notaba de dónde habían venido y por dónde se habían largado. Era muy fácil seguir el rastro. Pero ¿de qué serviría?

Crisler estaba solo.

Se sentó en una piedra, abrumado, no sabiendo qué pensar. El polvo infernal, levantado por las reses, se había posado ya y todo volvía a estar en calma. Hacía un día magnífico, pero a Crisler se le antojaba un día siniestro.

Una pregunta le obsesionaba. ¿Cómo los cuatreros habían podido esquivar los numerosos puestos de vigilancia de los rurales? Aquella zona estaba bastante bien protegida. ¿De qué medios se valieron para que no fuera notada su presencia?

Al fin se puso en pie. Acababa de tomar una decisión.

Y cuando Crisler tomaba una decisión no se apartaba de ella a menos que le arrancasen la piel a tiras.

Cosa que no había sucedido… aún.

Capítulo IX

Winter oteó la llanura.

Ni una sombra, ni un solo objeto en movimiento a todo lo largo y ancho de la planicie, que empezaba a ser cubierta por las primeras sombras del crepúsculo.

El hombre que estaba junto a él oteó también. La quietud era absoluta.

—Yo creo que ese tipo no se atreverá a perseguirnos —dijo—. Sería un suicidio.

Winter meneó la cabeza.

—He oído hablar muchas veces de Crisler, que ya tenía una larga historia antes de emplearse como capataz con Muller —dijo—. Es de esos tipos que nunca sueltan la presa. Estoy seguro de que seguirá la ruta del ganado… por allí.

Señaló un amplísimo surco abierto en el polvo de la llanura. No había confusión acerca del camino seguido por las reses.

—Querrá encontrarnos y lo hará de ese modo —siguió diciendo Winter—. Cosa que celebro, porque ese surco significará su tumba. Tú estás apostado aquí, en lo alto de la colina, y tienes preparado el rifle. Cuando él aparezca, esperas que esté a unas trescientas yardas. Entonces le vacías el cargador encima, ¿comprendido?

—Desde luego.

—Pues no falles.

El otro rió.

—Desde este sitio no puedo fallar.

Al quedar solo siguió oteando la llanura. Daba por descontado que Crisler aparecería por allí ya de noche, para correr menos peligros. Por eso se quedó muy sorprendido al ver aparecer al jinete cuando aún las luces del día llegaban con bastante fuerza,

recortando perfectamente el blanco.

Se echó el rifle a la cara.

Una sonrisa había asomado a sus labios. Coser y cantar… A trescientas yardas no fallaría.

El jinete parecía cansado, cosa que no era de extrañar. Avanzaba al paso de su corcel, justamente por encima del surco que habían dejado las reses.

El punto de mira le fue siguiendo.

Trescientas veinticinco yardas aproximadamente. Trescientas…

Sonó un disparo.

El cuatrero lanzó un alarido, mientras soltaba el rifle y trataba de volverse hacia su derecha, mientras sentía como si le abrasase todo aquel costado.

Acababan de dispararle a unas veinte yardas. Gritó de horror al ver a su enemigo.

Fue a responder al fuego, pero ya no pudo. La segunda bala le atravesó limpiamente el corazón, haciéndole caer de espaldas, con los ojos abiertos.

Crisler movió secamente la palanca de su rifle, cargándolo otra vez.

—Conozco lo suficiente la comarca para saber en qué sitio me estaríais aguardando —masculló, como si el otro aún pudiera oírle—. La lástima es que para engañarle haya tenido que desenterrar a un muerto…

Descendió colina abajo y cortó el paso de su caballo, que seguía avanzando cansinamente. Sujeto a la silla, y mantenido rígido gracias a dos postes muy bien ligados, el cuerpo de uno de los cuatreros que poco antes él mismo enterró, se bamboleaba lentamente. De cerca se veía el engaño, pero a trescientas yardas cualquiera podía confundirse.

«La trampa ha resultado perfecta —pensó Crisler—. Y ahora adelante…».

Desensilló al muerto, dejándolo en la llanura porque ahora ya no tenía tiempo que perder, y poco después seguía su camino, por encima de la ruta que tan claramente le había marcado el paso de las reses.

* * *

La población donde sin duda las reses iban a ser vendidas era Amarillo, un poco al sur del Canadian River. Había que bordear el Llano Estacado, lo cual significaba un paseo muy poco agradable, y luego cruzar por un terreno muy seco hasta encontrar de nuevo los pastos. Pero Crisler ya había hecho parte de esa ruta con sus hombres, de modo que llegar a Amarillo no significó ninguna dificultad especial para él.

En la ciudad se celebraban unas ferias de ganado muy importantes, por cuya razón él había recibido orden de vender allí las reses. Llegó al anochecer del último día, cuando ya las operaciones de compra y venta habían terminado y la feria se daba por clausurada.

Estuvo dando una vuelta por los diversos apartaderos y luego se dirigió a la oficina del *sheriff*.

Éste tenía pinta de cansado. Con los pies sobre la mesa, bebía aburridamente, maldiciendo en su interior los tres días de tensión que había pasado, vigilando sin cesar para que durante las ferias no se cometiera ningún asesinato.

Crisler se quitó el sombrero al entrar en la oficina.

—Hola, *sheriff*.

El otro le miró de soslayo.

—Usted es Crisler, ¿no?

—Ajá.

—Le he visto otras veces por aquí, vendiendo reses. Me han dicho que trabaja para Muller.

—Sí.

—¿Y qué quiere ahora? Le advierto que estoy muy cansado. Las ferias le dejan a uno hecho polvo.

—Quiero presentar una denuncia, *sheriff*. Han robado mi ganado y han matado a tres de mis hombres.

El de la estrella suspiró con aburrimiento.

—Vaya, ya está… Raro era que no sucediese algo.

Pero le advierto que no moveré un dedo si no tiene pruebas.

—Las tengo. Acabo de ver en los apartaderos muchas reses que son de Muller.

—¿Con su marca?

—Con su marca entera. Y me extraña que hayan podido ser vendidas legalmente aquí.

—No me salga ahora con eso, Crisler. Usted sabe que en las ferias públicas se puede vender todo, precisamente porque son públicas y cualquiera puede inspeccionar el origen del ganado. Si alguien compró el de Muller, lo hizo por su cuenta y riesgo.

—Precisamente por eso hago la denuncia. Quiero que sea devuelto.

—Muy bien. ¿Contra quién lo hace?

—Contra Winter.

El *sheriff* carraspeó, mientras la nuez de Adán subía y bajaba en su cuello.

—¿Winter? ¿Está seguro?

—Yo mismo lo vi.

—En ese caso me extraña que aún siga vivo, amigo.

—Es que yo tampoco soy manco.

El *sheriff* se pasó una mano por la cara, con expresión de agobio.

—Mire, amigo, si se trataba de Winter yo poco voy a poder hacer. Defiendo la ley, pero al mismo tiempo defiendo mi piel. Winter es más fuerte que yo. Además…

—¿Además qué?

—Me extraña lo que dice.

—¿Por qué?

—Winter no pudo vender eso. Todo el mundo sabe que es un cuatrero. Las reses, si es que verdaderamente son de Muller, hubo de venderlas otra persona.

—Lo doy por descontado, pero detrás de esa persona está Winter.

El *sheriff* se puso en pie.

—Siento no tener aquí los comprobantes de las ventas realizadas. El control lo lleva la Junta de Ganaderos, que apunta los nombres de vendedor y comprador. Mañana consultaré eso.

—¿Y mientras tanto…?

—Mientras tanto no voy a hacer nada, y le aconsejo que usted obre igual que yo. No se puede dar un paso en falso, ésta es la verdad. Mañana saldremos de dudas.

—Cuando las reses hayan salido, ¿no?

—No saldrán sin mi permiso, se lo prometo.

—Pero Winter sí que puede escapar, y yo he venido aquí a cazarlo.

—O a que él le cace a usted. Parece tener mucho interés en morir, joven. ¿No puede esperar a mañana para eso?

Crisler no quiso perder más tiempo allí.

Nada conseguiría con aquel *sheriff* y sólo le quedaba el camino de la acción directa de modo que no perdió el tiempo. Salió a la calle y se dirigió al más lujoso hotel de la ciudad. Pero antes decidió pasar por el *saloon.*

Había poca gente, y sólo una chica que bebía lánguidamente, apoyada en la barra.

Miró a Crisler, impresionada por la estatura y el tipo atlético del forastero. El sonrió.

—Poca animación esta noche, ¿eh?

—Ya ves. Estoy yo sola.

—Creí que habría más chicas.

—¿No te basto?

Aunque Crisler pensaba en otra cosa, fingió interesarse por el sugestivo tema.

—Verás… Yo tengo aquí una amiga.

—¿Quién?

—No sé cómo se llama. ¡Tengo tan mala memoria! Pero es alta, rubia y suele llevar un vestido rojo.

Crisler daba por descontado que en cualquier *saloon* del Oeste, y en aquél también, habría una chica alta, rubia, con vestido rojo. Se hubiera apostado la piel en ello. Y no se equivocó.

—Ah, sí… —dijo la otra—. La Naty. No tienes mal gusto.

—¿Dónde está?

—Se fue con uno. Había un par de tipos que parecían nadar en oro. Invitaron a las chicas y luego se fueron con dos de ellas. Viven en el hotel Savoy, o algo así.

—Gracias.

La chica se le quedó mirando.

—Bueno, ¿y yo no pinto nada?

Crisler dejó cinco dólares sobre la barra. Era una bonita suma.

—Bebe algo. Algo de la mejor calidad.

—No está mal… ¿A la salud de quién?

—A la salud de los muertos.

Y Crisler salió del *saloon*, dejando con la boca abierta a la chica, que creía haber oído mal. Pero, no supo por qué, tuvo la sensación

de que había oído perfectamente y de que detrás de todo aquello había algo que helaba la sangre.

Crisler fue al Savoy.

Era el mejor hotel de Amarillo, pero no se fijaban demasiado en los clientes con tal de que pagasen bien. Crisler se detuvo y se fijó especialmente en las ventad ñas de las mejores habitaciones, porque sospechaba que los tipos «forrados de dinero» que se habían llevado a las chicas eran Winter y su lugarteniente, fuese éste quien fuese. Por descontado, estarían alojados además en las mejores habitaciones, en aquéllas cuyas ventanas daban al centro de la fachada.

Vio pegado a los cristales de una de ellas parte de un vestido rojo que descansaba allí como un trasto inútil.

Ya no vaciló más. Fue al callejón lateral del hotel y trepó por una tubería hasta alcanzar la ventana del primer piso.

Abrirla no le fue difícil. Se encontró entonces en un pasillo por el que anduvo en silencio.

Se detuvo ante la puerta de la habitación principal y la abrió de repente. No estaba el pestillo echado.

Nadie le oyó. Las dos personas que estaban allí dormían plácidamente.

En la ventana seguía descansando, como un trasto inútil, el vestido rojo.

Las luces de la calle penetraron con cierta claridad allí, de modo que pudo ver perfectamente a la bella durmiente y a su compañero. Fue éste el que le produjo una crispación en la garganta.

No podía creerlo.

¡Claus!

¡El coronel de rurales se había convertido en un cochino cuatrero!

¡Ahora se explicaba muchas cosas! ¡Ahora entendía por qué Winter no tropezó con una sola patrulla de vigilancia! ¡Claus conocía, no sólo su emplazamiento, sino el plan de movimientos de todas ellas!

Extrajo el revólver poco a poco.

No le importaba matarle así, como a un miserable, en plena cama. Lo único que quería era que se diese cuenta de que iban a apiolarle. Que sudase de angustia un poco.

«Seguro que Claus estaba amenazado de expulsión a causa de sus andanzas —pensó el joven—. Y había decidido aprovechar sus conocimientos para hacerse rico con un par de golpes en combinación con Winter».

Musitó:

—¡Chist!

Fue la mujer la que abrió primero los ojos. Dio un codazo a su compañero.

—¡Eh, tú!

Claus se sentó en la cama, pálido como un muerto. El negro ojo del revólver le miraba desde apenas tres pasos de distancia. ¡Y detrás de él estaba Crisler!

—Te voy a dar una oportunidad para que te defiendas —musitó el joven—. Puedes empuñar tu «Colt». Seguro que lo tienes debajo de la almohada.

—Sí, pero…

En aquel instante, Claus contuvo la respiración. Crisler no perdió ni un segundo.

Se inclinó, volviéndose con la velocidad de un reptil. El tipo que estaba en la puerta, con el revólver amartillado, disparó, pero la bala salió alta.

A su vez no pudo moverse con la suficiente rapidez.

La bala que le envió Crisler, casi inclinado sobre el suelo, le atravesó el estómago de un lado a otro.

El pistolero lanzó un espantoso alarido y soltó su revólver, sabiendo que iba a morir.

Pero Claus no se había estado quieto.

El miserable no sólo había empuñado el revólver que tenía debajo de la almohada, sino que además se protegía tras el cuerpo de la mujer.

—¡Déjame! ¡Suéltame, canalla, canalla!

Una voz sonó al otro lado del pasillo.

—¿Es que uno no va a poder dormir? ¿Por qué no celebran la fiesta en la calle?

Claus había disparado ya. La bala resbaló sobre la espalda de Crisler, produciéndole un rasguño.

El joven comprendió que iba a quedar en situación insostenible. No sólo Claus ocupaba ahora una mejor posición, parapetado tras la

mujer, sino que además se oían otras voces en el pasillo.

Antes de que lo acorralaran tomó una decisión. Apenas había pensado en ello cuando ya volaba por el aire.

Su cuerpo chocó contra la ventana. La hizo añicos, mientras Claus, incapaz de seguir el fulminante movimiento, fallaba el nuevo disparo.

Crisler rodó por el espacio, hizo una contorsión y logró llegar de pie al suelo, flexionando las piernas. Muchas volteretas, saliendo despedido del caballo en los rodeos, le habían dado aquella experiencia para caer bien.

Inmediatamente se colocó bajo el porche.

Ahora no le tiroteaban desde una ventana, sino desde dos. En la habitación contigua a la de Claus también había alguien que tenía ganas de participar en la juerga.

Pero ésta no había hecho más que empezar. El joven se dispuso a buscar un nuevo ángulo de tiro.

Y de repente se detuvo, sintiendo que le fallaban las fuerzas, mientras miraba incrédulo al otro extremo del porche.

Porque estaba seguro de que por allí acababa de asomar, desapareciendo seguidamente, el rostro de una mujer a quien conocía muy bien.

—¡Marta!

CAPÍTULO X

El *sheriff* de Amarillo arqueó una ceja al ver entrar en su Oficina a Crisler.

Eran apenas las ocho, pero el sol ya inundaba y llenaba de animación las calles de la ciudad.

—¿Cómo se atreve a venir?

Crisler también arqueó una ceja.

—¿Y por qué no?

—Mató a un hombre anoche sin justificación alguna. Y trató de liquidar a otro.

—¿Sabe quién era ese otro?

—Claro que lo sé —murmuró el *sheriff*—. Nada menos que un coronel de rurales.

—Que va a ser expulsado y que ya actúa como un cuatrero.

—Bueno, eso está por demostrar.

—Quiero que lo detenga, *sheriff*, y que detenga también a Winter. Anoche no pude hacerlo yo porque vi algo que me hizo vacilar y perder unos minutos preciosos. Cuando ataqué de nuevo, ya habían salido del hotel, no sé por dónde. Pero me consta que no han podido abandonar la ciudad, y le pido que los meta entre rejas.

—¿Con qué pruebas?

—El ganado con la marca de Muller aún está en los apartaderos. Acabo de verlo otra vez.

El *sheriff* dio un puñetazo sobre la mesa.

—De eso quería hablarle, Crisler.

—¿Qué ocurre?

—Ese ganado no lo vendió Winter.

—Entonces, Claus.

—Tampoco.

Crisler rió brevemente.

—Bueno, es igual. Siempre hay un fulano que hace de cabeza de turco. Hubo alguien que prestó su nombre para hacer la operación.

—También se equivoca aquí. Todo era legal. Las reses las vendió un mayor, representando a un menor de edad llamado Jim Clinton. ¿El apellido no le suena?

Crisler le escuchaba como quien sufre una pesadilla.

—Eso… ¡es absurdo! —masculló—. ¡Jim Clinton no podía atribuirse la propiedad de ninguna res!

—Su padre robó muchas. Ésas las pudo conseguir cuando eran añojos de Muller y ya llevaban su marca, y quizá alguien las cuidó hasta ahora. Porque no sé si habrá visto que son vacas preciosas, muchas de ellas para recría.

A Crisler no le avergonzó llevarse una mano a la cabeza. La verdad era que se mareaba.

Veía el plan miserable de Claus, quien había querido asegurarse contra toda posibilidad de fallo. Todo lo que el *sheriff* sabía era falso, pero hacía falta demostrarlo. Ello bastaba para que, aun en caso de denuncia no se pudiera detener automáticamente a Claus y a Winter, quienes tendrían tiempo de huir con el dinero. Por el contrario, se detendría a Jim para interrogarle, así como el que había firmado en su nombre, y que debía ser un pobre infeliz.

—*Sheriff* —masculló—, todo eso es una miserable trampa.

—Pruébelo.

—Ya conocía esa palabra de antemano.

—Pues entonces, ¿por qué me pide algo que no puedo hacer?

—¡Claro que puede! ¡Detenga a esos tipos y sométalos a interrogatorio! ¡Verá cómo se contradicen en seguida!

—Imposible. Y puede estarme agradecido, ya que no le detengo a usted después de matar a un hombre, cosa que ni siquiera ha tratado de negar.

Crisler rechinó los dientes. Su voz sonó como una serie de trallazos cuando dijo:

—*Sheriff*, voy a serle franco. Toda esa legalidad yo me la paso por las narices. La mitad de las leyes sólo sirven para proteger al culpable, y usted lo sabe. Si se tratara de un robo más yo no movería un dedo, pero aquí se reúnen dos circunstancias. La primera, que esas reses constituyen toda la fortuna actual de Muller.

La segunda, que se ve envuelto en el robo un muchacho al que aprecio. Por lo tanto le advierto que llevaré esto hasta el final…, a mí modo.

Se dirigió hacia la puerta. El *sheriff* le llamó violentamente.

—¡Crisler!

El joven ni se volvió.

—¡Le advierto que lo que va a hacer es ilegal! —masculló el *sheriff*—. ¡Y le advierto también que en cuanto a Jim Clinton ya llueve sobre mojado! ¡Claus acaba de denunciarle por robo de un caballo!

Ahora sí que Crisler se volvió, desde la puerta, mientras rechinaban sus dientes.

—¡Mentira! Ese caballo se lo regalé yo.

—Lo declarará en el juicio.

—¿Es que van a detener a Jim Clinton?

—Hay que aclarar esto, ¿no? Usted mismo ha organizado el lío. ¿Y aún se queja?

—Usted detendrá a un muchacho… ¡Y mientras tanto los cuatreros huirán con una fortuna!

—Pienso retener el ganado aquí.

—Pero no a los ladrones. ¡Váyase al infierno!

Se alejó definitivamente.

Estaba tan rabioso que no pensó más que en buscar a Claus y a Winter, ajustándoles las cuentas a su modo. Una especie de neblina sangrienta cubría sus ojos. No vio, por tanto, al tipo que ensillaba un caballo al otro lado de la calle, y que le había estado esperando. Aquel tipo se protegía perfectamente tras la montura mientras sacaba el revólver.

Se dispuso a disparar por detrás de las ancas del animal.

—¡Cuidado!

La voz fue para Crisler como un picotazo en el cráneo. Instantáneamente se lanzó a tierra, mientras «sacaba» con brutal velocidad.

La bala de su adversario sólo le rozó. Crisler disparó precipitadamente y no pudo alcanzar a su enemigo, limitándose a producir un rasguño en las ancas del caballo, que relinchó mientras se encabritaba furiosamente.

Lanzó un par de solemnes coces, y la andanada la recibió quien

estaba más cerca de él, es decir, el pistolero.

Éste salió despedido cómicamente, pero mientras volaba por los aires le ocurrió algo peor. Recibió una bala en el pómulo derecho y algo estalló dentro de él. Cuando tocó de nuevo el suelo ya estaba muerto.

Crisler volvió la cabeza.

Miró a la muchacha que le había avisado y a la cual debía la vida. Marta estaba muy pálida, apenas a tres pasos de distancia.

Pero en su mirada no había afecto, sino desprecio. Crisler no encontró ni la menor chispita de cordialidad en aquellos ojos helados.

—Siento haberlo hecho —murmuró ella—. No es usted más que un sucio pistolero.

—Si lo sabía, ¿por qué me avisó?

—No lo sé. Fue algo instintivo. O quizá porque el otro era más sucio que usted.

—No tuvo tiempo de pensar tantas cosas.

—Bien —dijo ella, mordiéndose el labio inferior—. No sé por qué le avisé, pero lamento haberlo hecho. ¿Tiene bastante con eso?

—Los impulsos de una persona son los que hablan por ella —dijo Crisler juiciosamente—. Esas fuerzas que no podemos explicarnos son las que revelan nuestros auténticos deseos, y a mí me gustaría hablarle largo y tendido de ellos, muñeca. Pero ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

En efecto, la gente se arremolinaba en torno al muerto. Llegaban corriendo algunas personas, una de las cuales era el *sheriff*.

El joven murmuró:

—Lo que le faltaba a ése…

Tomó a la muchacha por el brazo, a pesar del gesto áspero de ésta, y se alejó de allí.

—Quiero que hablemos —murmuró.

—¡Usted y yo no tenemos nada de qué hablar!

—Muy bien. Pero dígame al menos por qué está aquí. ¿O también ha sido un impulso irresistible?

—Tenía muy buenas razones.

—¿Cuáles?

La voz de la muchacha se hizo por un momento amarga, tensa.

—Jim…

—¿Qué ocurre con él?

—Usted sabe que le quiero como a un hijo.

—Sí, pero ¿qué sucede?

—Alguien vino a verle cuando no estaba su madre y le preguntó si su difunto padre, es decir, Clinton, había vendido alguna vez reses en la ciudad de Amarillo. Yo lo escuché todo por casualidad, y cuando el tipo marchó, decidí aprovechar unos días en que estará cerrada la escuela. Si en Amarillo se cocinaba algo contra Jim, yo quería estar aquí y saberlo.

—Ese sentimiento la honra, Marta. Se ve que le parece estupendo que todo el mundo viva. Todo el mundo menos yo, claro.

—Usted es sólo un pistolero.

Crisler no respondió a aquello.

En cierto modo era algo que no podía negar, y menos ahora, cuando precisamente se disponía a liquidar a dos hombres por las buenas o por las malas. A seguir una única ley, que era la ley de su revólver.

Ella pareció adivinar sus pensamientos porque susurró:

—Ya sé a quién busca. Ese tipo no me ha gustado nunca, y ahora está aquí.

—¿Claus?

—Sí. Yo lo he visto —dijo Marta.

—¿Dónde?

—Salía de la ciudad.

Crisler apretó los puños.

—¡Infiernos! ¿Y por qué no me lo ha dicho antes? ¿Iba solo?

—Con otro hombre.

—Apostaría a que era Winter.

—No sé, eso no puedo decírselo. No le conozco.

—¿Hace mucho que se han ido?

—Unas dos horas.

—¡Y yo mientras tanto buscándolos aquí! ¡Valiente tontería estaba a punto de cometer! Oiga, Marta.

—¿Qué?

—La voy a dejar aquí, bien instalada en un hotel. Yo me marcho.

—¿Adónde?

—Regreso a Liman. No sé por qué, me huelo que Claus no dejará

de pasar por ese sitio.

—Iré con usted —dijo bruscamente Marta.

—¿Por qué? Es peligroso.

—¡Le digo que iré con usted!

Crisler la miró con curiosidad, mientras en sus labios se insinuaba apenas una sonrisa burlona.

—Oiga… —musitó—, me está picando la curiosidad. ¿Qué es eso? ¿Otro impulso irresistible?

Capítulo XI

Pronto Crisler tendría motivos para arrepentirse de haber accedido a la petición de Marta, Motivos puramente prácticos, se entiende. Porque la muchacha, no sólo se portaba con la mejor voluntad, sino que para él era un placer inexplicable verla, sentirla cerca, saber que existía. Ése solo y sencillo hecho, el saber que podía mirarla, era para él una fuente de emociones que hasta entonces nunca se creyó capaz de sentir.

Pero marchar con una mujer no es lo mismo que marchar solo. Uno puede resistir lo que sea, si se le mete en las narices llegar a tiempo a un sitio. Pero por fuerza tiene que detenerse a descansar cuando ve que su compañera palidece de fatiga, aunque ella no diga una palabra de queja.

Fue eso lo que hizo que Crisler, aunque no se retrasó, no pudiera tampoco recuperar las dos horas de ventaja que le llevaban los forajidos. Una cosa tan sencilla como dos horas se transformaron para él en algo insalvable; parecieron convertirse en dos días. Continuamente encontraba rastros de sus enemigos y sabía que estaba en la buena dirección, pero le era imposible darles alcance.

Claus y Winter, mientras tanto, quemaban etapas, sospechando que eran seguidos. Llevaban en sus sillas buenas bolsas de oro y en sus conciencias buenos motivos para largarse cuanto antes de la ciudad de Amarillo.

Cuando ya estaban a punto de llegar a Liman, Winter murmuró:

—¿Por qué hacemos esto? Tenemos el oro y no hay nadie con quien repartirlo. ¿No podíamos haber ido a México en línea más recta?

—No nos desviamos apenas, y quiero antes ver a una mujer.

—Las tendrás a patadas en México, forrado de oro como estás. Y

allí son hermosas…

—Ésta es especial. Me interesa.

Winter se encogió de hombros.

—Bueno… Mientras no perdamos demasiado tiempo…

—No nos entretendremos nada. Mira, ya estamos llegando a Liman.

En efecto, la ciudad que tanto había agradado a Claus ya la primera vez que la vio, parecía más hermosa que nunca a la luz de la tarde. El edificio de la escuela daba la sensación de ser más grande y más blanco. Un poeta hubiera dicho que todo aquello era hermoso y que hablaba de un dulce deseo de vivir.

Pero Claus pensaba en cosas más a ras del suelo. No es faltar a la verdad decir que sólo pensaba en las piernas de Anna.

La vio apenas unos minutos después, quieta como una aparición, esperándole a la puerta de la escuela. O dando la sensación de que le esperaba. Le pareció más hermosa, más completa que nunca; toda una mujer a la que valía la pena llevar a México para disfrutar con ella del «bien ganado» dinero.

La expresión de ella era inmutable. No hizo un solo gesto cuando los vio apearse a unos pasos de distancia.

—¡Anna!

—Hola, Claus.

—Te presento a mi amigo Winter. No pongas esa cara, mujer. Es un amigo de confianza.

—Conozco su nombre.

—Y yo también conozco el suyo —dijo Winter, suavemente—, aunque por otros motivos. La viuda de Clinton siempre tuvo fama de ser bonita.

—Olvídate de eso ahora —masculló Claus—. Tengo que hablar con ella a solas.

—Bueno, hombre… No te preocupes porque no voy a comerla.

Tomó a la mujer de un brazo y la hizo entrar en su casa. La visión de aquellos muebles, de aquel ambiente en que la había poseído, hizo que los deseos se hicieran más intensos e impetuosos, más exigentes.

—Anna… —farfulló.

Fue a besarla, pero ella le rechazó suavemente.

—Veo que ya estás muy recuperado, Claus.

—Del todo. ¿Y a ti, qué te ocurre? Estás rara…

—Ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—El *sheriff* quería interrogar a Jim. Se lo ha llevado con él.

El se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia.

—¿Por qué? —preguntó sin demasiado interés.

—Recibió una denuncia por telégrafo, procedente del *sheriff* de Amarillo. Alguien vendió unas reses empleando el apellido Clinton.

Claus volvió a encogerse de hombros.

—Algún error.

—No, Claus, no es un error. Ese apellido detrás del cual ya hay una leyenda, no ha sido escogido al azar. Y creo que tú sabes algo de todo esto.

—Tonterías —dijo él secamente.

—No, no son tonterías. Es lo más serio de mi vida, Claus.

El la miró. Nunca había visto a aquella mujer tan tensa, soportando su mirada con tan impávido desafío. Tuvo la certeza de que algo muy importante había cambiado en ella. Que ni por asomo era ya la misma.

Pero aún la deseaba, y eso bastaba para que se olvidara de todo lo demás.

—Aclararemos lo de Jim —dijo con tono voluble—. Mi amigo no puede presentarse ante el *sheriff*, pero tú y yo sí.

—¿Y luego?

—Nos iremos a México.

—¿Con qué dinero?

—Eso es lo de menos. Tengo mucho…

Aquellas palabras parecieron ser las que Anna esperaba. Bruscamente sus facciones enrojecieron. Sus labios se crisparon un momento antes de decir:

—¡Miserable!

Claus parpadeó bruscamente.

—¿A qué viene eso, vieja zorra?

—No me afectan tus insultos, Claus —dijo ella con voz lenta y solemne—. Demasiado sé que he caído muy bajo y que los merezco, de modo que los acepto como penitencia. Pero vas a irte de aquí, Claus. ¡Vas a irte para que no vuelva a verte nunca!

El la sujetó brutalmente por los hombros.

—¡Déjame!

—Te dejo porque quiero —silabeó Claus lentamente—, y porque estoy demasiado cansado para pelear ahora por un motivo estúpido. Pero tú eres mía y lo sabes, de modo que no vas a librarte de mí. Descansaré durante una hora justa, fíjate bien. Una hora. ¿Tienes reloj?

—Sí.

—Ponlo de acuerdo con el mío.

Ella lo hizo, encogiéndose de hombros.

—Esto no va a servir para nada, Claus.

—¡Claro que va a servir! Y óyeme bien porque es tu última oportunidad: dentro de una hora justa te preguntaré otra vez si quieres venir conmigo. Si dices que sí, todo puede arreglarse. Si dices que no…, siempre habrá quien rece por tu alma.

Las cínicas palabras no impresionaron para nada a Anna. Diríase que a ésta ya nada podía asustarla, que estaba más allá del bien y del mal. Con voz lenta, grave, susurró:

—Muy bien.

—Tú ya has hablado, Claus. Ahora déjame decir a mí una cosa.

—Dila.

—Tienes una hora para irte. Tú mismo has fijado el plazo. Si dentro de una hora y un minuto estás aquí, te mataré. Juro que te mataré.

Claus lanzó una carcajada.

En el fondo le divertía aquello. Y las mujeres, para él, resultaban más excitantes cuanto más fierecillas.

Aún reía cuando salió al exterior. Winter le miró con expresión reconcentrada.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Tanta gracia tiene?

—Mucha… No te lo puedes imaginar. Oye, Winter, tú y yo vamos a descansar una hora. Los caballos también lo necesitan.

—De acuerdo, pero ni un minuto más, ¿eh? Tengo prisa por pasar la frontera.

—¡Ni un minuto más! —rió estruendosamente Claus, para que ella le oyera desde dentro—. ¡Hay nada menos que una dama que quiere matarme si paso del límite! ¡Y yo ardo en deseos de que me mate, pero de otro modo!

Los dos forajidos dejaron descansar a los caballos, mientras ellos se tumbaban sobre una pila de paja. Winter, fatigado, se durmió, pero Claus no pudo.

Pensaba en la mujer, a la que tenía tan cerca.

Pensaba en sus caricias, en sus besos cuando se le rindiera otra vez.

Porque se le rendiría.

El tiempo pasaba con lentitud interminable, como si el curso del sol se hubiera detenido, pero Claus no se precipitó. Quería mantener la hora fijada por cuestión de puntillo. Cuando faltaban tres minutos para el plazo fijado, se puso en pie. Faltaban dos cuando empujó la puerta.

Anna le esperaba en pie, en el centro de la habitación, con un reloj en una mano y un revólver en la otra.

A Claus se le mudó el color. Aquello no era broma. De todos modos, trató de sonreír.

—Anna…, ¿pero qué es esto?

—Pasa de la hora, Claus.

El primer disparo lo recibió en la garganta. Se retorció angustiosamente, mientras intentaba «sacar», pero Anna apretó el gatillo otra vez. Parecía una máquina. La segunda bala perforó el pecho de Claus, y la tercera le deshizo la cara. Las otras no hicieron más que redondear el siniestro trabajo, porque él, materialmente destruido, ni siquiera lo notó.

Estaba caído en el suelo, a los pies de Anna, bañado en un lago de sangre. Su reloj, sostenido por los dedos crispados, marcaba la hora en punto.

—Se ve que el mío se adelanta —dijo la mujer, calmosamente—. Como el suyo se adelantó una vez.

Fue a pasar por encima del cadáver. Pero en aquel momento, sus ojos se dilataron de horror.

—¡Nooo! —Llegó a balbucir.

Winter tiró rabiosamente desde la puerta. No le permitió decir nada más. Con las facciones crispadas, masculló:

—¡Condenada zorra!

Todo el contenido de su cilindro fue al hermoso cuerpo de la mujer, que se estremecía a cada nuevo impacto. Aunque no lanzó un gemido, quizá porque estaba muerta a partir de la segunda bala.

Winter escupió sobre ella y en seguida sonrió al sobrevenirle un pensamiento más que consolador. Ahora todo el oro era para él. No había que partir con nadie.

Fue a salir, sonriendo. Y así, sonriendo, encontró la muerte, mientras aquella especie de trueno llegaba desde la lejanía. El botón rojo se marcó brutalmente en su pecho. Winter miró hacia el frente, con los ojos desencajados.

Era imposible que aquel jinete le hubiera alcanzado a tanta distancia. Tenía que ser el mismo diablo. Tenía que ser…

—¡Buen disparo, muchacho! —Fue lo último que dijo.

Y no pudo pronunciar una palabra más. Porque un segundo disparo le destrozó la boca.

Crisler, en la distancia, a lomos de su caballo, movió la palanca de nuevo para tirar otra vez.

Pero aquella cosa blanca y dulce se arrojó materialmente sobre él. Se abrazó a su rifle. Le hizo caer del caballo.

—¡Nooo! —gritó Marta, mientras rodaban los dos por el suelo—. ¡Ya basta de muertes! ¡Nooo…!

Crisler vio aquel hermoso rostro junto al suyo. Captó el aliento de Marta. Y le extrañó que ella se estuviese tan quieta.

—Perdona —susurró la muchacha—, ha sido un impulso irresistible.

—Pues a mí —murmuró él, mientras la estrechaba suavemente en sus brazos— me está entrando otro que no te puedes ni imaginar…

FIN